

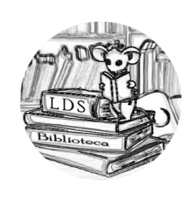
EL NUEVO PODER

H. S. THELS

Encendió su larga pipa y reclinado en los cojines, entornó los ojos, alrededor de los cuales los párpados, fatigados, formaban bolsas oscuras.

Oyó perfectamente los pasos de la joven sirviente, pero no se movió, permaneciendo en una inmovilidad estatuaria, alejado de la realidad que le rodeaba.

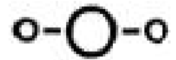
Todo lo demás, el tintineo de las tazas al ser colocadas sobre la minúscula mesa de laca y hasta el caer del chorro del líquido en los recipientes no constituyó más que una parte de aquel rumor lejano, una serie de sonidos que, por lo conocidos, eran incapaces de romper la tensión emotiva que ocupaba su mente.



H. S. Thels

El nuevo poder

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 175



ePub r1.0

LDS 23.12.18

Título original: *El nuevo poder*
H. S. Thels, 1959
Cubierta: Jorge
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



EL NUEVO PODER

CAPÍTULO PRIMERO



l profesor Isumi Nakisato atravesó el minúsculo jardín que separaba el laboratorio de su propia casa. En la última de las escalinatas, se descalzó, penetrando en su hogar y dirigiéndose directamente hacia el sitio donde estaba situada la chimenea occidental que había mandado instalar y en la que una red de metal al rojo imitaba, bien que mal, los clásicos troncos, proporcionando un calor mesurado y agradable.

Encendió su larga pipa y reclinado en los cojines, entornó los ojos, alrededor de los cuales los párpados, fatigados, formaban bolsas oscuras.

Oyó perfectamente los pasos de la joven sirviente, pero no se movió, permaneciendo en una inmovilidad estatuaria, alejado de la realidad que le rodeaba.

Todo lo demás, el tintineo de las tazas al ser colocadas sobre la minúscula mesa de laca y hasta el caer del chorro del líquido en los recipientes no constituyó más que una parte de aquel rumor lejano,

una serie de sonidos que, por lo conocidos, eran incapaces de romper la tensión emotiva que ocupaba su mente.

Pero cuando los pasos de Amura llegaron hasta él fue distinto.

Entonces, después de abrir los ojos, se incorporó, volviéndose con lentitud y contemplando la llegada del joven que, silencioso, se sentó a su lado.

—Todavía nada, profesor —dijo.

Isumi Nakisato asintió, con un leve gesto de cabeza, alargando una de sus delgadas y finas manos para apoderarse de una taza. Se la llevó a los labios y sorbió, sin ruido, un poco de la aromática infusión.

Con la taza a la altura de la boca inquirió:

—¿No falta mucho, verdad?

—No, unas dos horas —repuso el joven que, a su vez, había cogido la otra taza.

Hubo una pausa, mientras bebían el té.

Luego, Ato Amura dijo:

—Tengo que hablarle, honorable…

—Sí, ya sé. Puedes hacerlo.

Ato Amura sintió que, en realidad, era el momento de hablar y que no podía diferir más aquella necesaria conversación.

Era un muchacho alto, de porte atlético, a pesar de su amplia frente de intelectual. Tenía los cabellos intensamente negros y peinados a raya. Y un minúsculo bigotillo, como un trazo de carbón, se dibujaba por encima de su labio superior.

Ahora, sus labios temblaban un poco y tenía la vista baja, sin atreverse a desafiar la mirada tranquila de su maestro.

—Ya sabe usted que voy a casarme, profesor.

—Sí. ¿Cuándo?

—Mañana. Nos casaremos en Tokio y saldremos inmediatamente de viaje de novios.

—Lo comprendo.

No había tono de reproche en la voz del viejo Isumi Nakisato, pero el joven creyó percibir algo así como un fatalismo en la escueta respuesta del otro.

—La he hecho esperar seis semanas más de la fecha prevista, honorable. Y no puedo repetir una petición de demora, que podría ser juzgada con muchísima menos benevolencia que la anterior.

—Comprendo —repitió Isumi.

—La familia consintió sin mucho convencimiento… Yo creía que el experimento tendría éxito en estas semanas que me concedieron; es decir, sé que lo tendrá… pero no puedo faltar más a mi palabra.

El otro asintió, dejando la taza vacía sobre el plato.

—Has sido muy amable, amigo mío, y te estoy profundamente agradecido por cuanto has hecho por mí. Yo también creía que el experimento iba a ofrecernos resultados positivos antes de que te fueses, pero —y sus ojos brillaron con mayor intensidad— ahora estamos más cerca del triunfo que nunca.

—Eso creo yo también.

Hubo un corto silencio; después:

—¿No quieres otra taza? —inquirió el anciano.

—No, muchas gracias. Prefiero dejar las cosas en marcha… antes de irme.

—¿Te vas esta misma noche?

—Sí.

Se había levantado y el otro le imitó, dirigiéndose ambos hacia la puerta de la casa. Una vez allí, Amura se hizo a un lado para dejar pasar al profesor.

Luego salió tras él.

Volvieron a calzarse, atravesando el minúsculo jardín y penetrando en el edificio de dos plantas que había al otro lado.

Nada más abrir la puerta, una oleada de calor intenso les azotó el rostro. Todo el interior estaba dividido en compartimientos que delimitaban muros de cristal que llegaban casi hasta el techo.

El calor era sofocante.

Pero los dos hombres parecían acostumbrados a aquel tórrido ambiente y ninguno de ellos pareció notarlo, avanzando por el pasillo central hacia el departamento del fondo.

Se detuvieron ante el vidrio que les separaba de una de las cámaras y con el rostro pegado al cristal, echaron una ojeada al interior.

Había una especie de construcción, en plástico, con varios pisos y cortada de arriba a abajo, como esos planos parciales de las casas, dejando ver el interior, que estaba formado por pasillos y rampas perfectamente visibles desde fuera.

En el divertículo más amplio, en la parte superior de aquella

curiosa construcción, un animal, casi tan grueso como el dedo pulgar, estaba inmóvil, mostrando la piel blancuzca de su hinchado cuerpo.

Era una hormiga reina.

Los huevos salían del aviducto, en la parte inferior de su abdomen y eran inmediatamente recogidos por otras hormigas que, cargando cuidadosamente con ellos, los llevaban, a través de las galerías de plástico, hacia los depósitos situados en la parte inferior de aquel hormiguero artificial.

Una vez colocados los huevos, con todo cuidado, tomaban el otro camino, distinto al que habían utilizado para bajar, volviendo junto a la prolífica reina para proseguir con su trabajo.

Isumi echó una ojeada al estrechamiento que había en uno de aquellos pasillos, observando el mecanismo fotoeléctrico que había al lado y de donde salía un cable conectado con un aparato, que miraba en aquel momento.

Cada vez que pasaba una hormiga cargada con un huevo, la célula se impresionaba y comunicaba un efecto al aparato que iba contando así el número de huevos que pasaban por allí.

—Ochenta y cinco mil doscientos trece —leyó el profesor.

—Falta muy poco —dijo él otro—. Es la segunda puesta y no pasará de los cien mil.

—¿Crees que tendremos suerte esta vez, Amura?

—Sí, profesor, lo creo. Los machos siguen vivos y…

—Vamos a verlos.

Se dirigieron hacia la izquierda, deteniéndose junto a otro recipiente de cristal.

Un par de docenas de enormes hormigas se movían en otro hormiguero artificial.

Todo, en ellas, era normal excepto la cabeza.

Al llegar a lo que podía llamarse cuello, el cráneo era completamente distinto al de los animales normales y ofrecía un aspecto grisáceo, bajo la fina película de suave piel que le cubría.

El profesor les miró con orgullo.

—Sí —dijo, a media voz— siguen vivos y eso demuestra que todo ha ido bien. ¿Cuántas veces fracasamos, Amura?

—Muchas, honorable.

Isumi sonrió.

—Han sido tiempos de lucha y de esfuerzos, muchacho. Pero creo que estamos muy cerca de haberlo conseguido.

—¿Se da usted cuenta de que el cerebro ha crecido tanto que casi ha alcanzado el doble de su tamaño normal?

—Sí. Hemos liberado la masa encefálica de estos insectos, desposeyendo a la cabeza de la dura caja de quitina que la cubría. Desde aquel día, cuando me di cuenta de que el cerebro de las hormigas era enorme con relación a su cuerpo, pensé que podía aumentar sus posibilidades si dejaba que creciese todo lo que quisiera.

»Había un misterio en el destino de estos inteligentes animales. De todas las especies existentes en la Tierra, eran ellas los únicos que habían logrado formar una sociedad organizada, con sus clases distintas, con sus jerarquías inconmovibles. Y me pregunté por qué no habían conseguido hacer algo con sus manos, por qué se habían estancado en un estado que no correspondía con la perfección de su vida social.

»Por eso comencé a pensar que la culpa la tenía el cráneo de quitina que les impedía un desarrollo mayor del cerebro. Ya sabes, Amura, cuánto hemos luchado para obtener unos pocos animales libres de ese cepo que tenían en la cabeza.

»Tres años han sido necesarios para obtener esos individuos, nacidos ya sin capa de quitina en el cráneo, con el cerebro cubierto de una película de piel que no les impedirá ya el crecimiento del cerebro.

»Fíjate en el tamaño de esa masa encefálica. ¡Eso no es nada! Los hijos de la Reina que está poniendo ahora, si nuestros cálculos no son erróneos, han de nacer completamente libres de las trabas que los hacían limitadamente inteligentes.

»Su cerebro crecerá cuanto deseen y ellos formarán la primera generación de una nueva especie. ¿Te das cuenta de la importancia de todo esto, amigo mío?

Ato no contestó.

Estaba tan emocionado como el profesor; pero, al mismo tiempo, no dejaba de pensar en aquella joven americana que había conocido en la Universidad de Chicago, en uno de los viajes que había hecho con Nakisato a los Estados Unidos y que debía convertirse, a la mañana siguiente, en su mujer.

Sonrió.

Todos aquellos experimentos eran del más alto interés científico y él hubiese querido estar allí cuando los huevos se convirtiesen en insectos dotados de un enorme cerebro. Le habría agradado estudiar sus reacciones y no perder nada de los importantes descubrimientos que, sin ninguna duda, haría el profesor.

Pero Patricia era para él algo muchísimo más importante que todas las hormigas del mundo y no estaba dispuesto a demorar nuevamente el matrimonio, cosa que por otra parte la muchacha no hubiese consentido.

—Esos machos —dijo en aquel momento el profesor, rompiendo el hilo de los pensamientos de su ayudante—, son animales estúpidos y no han sacado beneficio alguno de un cerebro mayor.

—¿No cree usted que es demasiado pronto para poder hacer conjeturas?

—No. ¡Ya verás cuando los individuos asexuados, las obreras, puedan aprovecharse de lo que les hemos proporcionado! Ellas son el eje del hormiguero, las que almacenan el grano, las que ordeñan a los pulgones, las que trabajando sobre los huevos y determinan qué clase de individuo va a salir de cada uno.

—¿Qué piensa usted del tamaño que puede alcanzar el cerebro, una vez libre de la caja de quitina que lo cubría antes?

—No lo sé. Es algo que no acierto a imaginar —entornó los ojos —. Para estos animales es una nueva experiencia, quizá lo que estaban esperando hace miles de millones de años…

Amura se sentía molesto, sin saber exactamente por qué.

Consultó su reloj y decidiéndose, dijo:

—Bueno, profesor, debo marcharme.

—Te acompañaré hasta el coche.

Salieron y Nakisato cerró cuidadosamente la puerta del laboratorio.

—No podré dormir esta noche —dijo, sonriendo—. Quiero ver las primeras larvas. Haré unos exámenes microscópicos para comprobar que todas ellas salen con el cerebro libre.

—Eso es seguro.

—Lo sé, pero deseo comprobarlo. A la temperatura que tenemos en los hormigueros, las larvas se desarrollarán en pocas horas.

—¿No teme que el clima artificial dañe el experimento?

—No. ¡Necesito verlas desarrollarse! Ha sido demasiado larga esta espera, amigo mío… ¡Tres años! Cientos de días y noches que hemos pasado al lado de las estufas, soportando los fracasos, uno tras otro, creyendo que habíamos tomado un camino equivocado.

Respiró con fuerza, como si desease manifestar el nerviosismo que le atenazaba.

—Ahora —siguió diciendo—, cuando el triunfo está al alcance de nuestras manos, ¿cómo quieres que me permita un solo instante de reposo? Ya sabes lo importante que es todo esto para mí.

—Y para mí también, honorable.

Habían atravesado el jardín y salido a la calle. El coche de Ato estaba al otro lado de los árboles.

—Espero que seas muy feliz —dijo el sabio, cuando se detuvieron junto al vehículo.

—Gracias, profesor.

—¿Vas a América a pasar la luna de miel?

Amura sonrió.

—No, profesor. Vamos a Marte.

El anciano levantó la cabeza, mirando fijamente a su ayudante.

—¿A… Marte?

—Sí. Mi esposa forma parte de la Comisión de estudios sobre la nueva colonia americana en ese planeta. La Comisión nos ha invitado y no hemos tenido más remedio que aceptar.

—Comprendo… ¿y cuánto durará ese viaje?

—Tres semanas. Quiero estar en Tokio lo antes posible. Ya he empezado a buscar una casita por aquí cerca.

El viejo profesor sonrió.

—Voy a echarte mucho de menos, Amura.

—No será por mucho tiempo, señor. Ya puede usted imaginarse la impaciencia que tendré cuando haga el viaje de vuelta. Estaré deseando ver nuestras hormigas.

—Y te llevarás grandes sorpresas. Tres semanas es muchísimo tiempo para los insectos. Con la temperatura de las estufas, es muy posible que logre cinco o seis generaciones en ese lapso de tiempo.

—¿Cómo serán las hormigas de la tercera generación… si todo marcha bien?

—Ésa es la pregunta que me estaba haciendo en este preciso instante.

Ambos guardaron silencio, concentrados en aquella idea, aferrados a algo que, por el momento, no era más que un misterio que sólo el tiempo resolvería.

Isumi puso la mano sobre el hombro del joven.

—Bueno, amigo Amura… ¡muchísima suerte y felicidad!

Se abrazaron, intensamente conmovidos.

—Muchas gracias, honorable. Igual le deseo.

Parecía como si los oblicuos ojos del profesor brillasen más o estuviesen humedecidos.

—Yo ya soy feliz, amigo mío. Y lo seré mucho más, a medida que estas próximas horas pasen.

Ato subió al coche y estrechó la mano que le tendía el otro.

—Es una desgracia que no haya manera de comunicarse desde Marte con la Tierra; pero, de todos modos, honorable, puede estar seguro que no le olvidaré un solo instante.

—Lo sé, muchacho, lo sé…

E incapaz de resistir más la emoción que lo embargaba dijo:

—Adiós.

Y se alejó lentamente hacia la verja.

Ato Amura contempló sus espaldas encorvadas, su cabeza casi completamente blanca. Y se sintió afligido, ya que aquélla era la primera vez que se separaba del profesor.

Justo cuando estaban tan cerca de la meta.

Se mordió los labios; luego, con la idea de Patricia, que debía esperarle con impaciencia, puso el coche en marcha, echó una última ojeada al profesor, cuya silueta se perdía ya entre los árboles de la entrada, y pisó lentamente el embrague, acelerando después con rapidez y dirigiéndose hacia la autopista de Tokio, que empezaba un centenar de metros más allá.

Capítulo II



red se sirvió otro «*whisky*», olvidando adrede de poner soda; luego, levantando los ojos, miró a Patricia.

—Me parece estar soñando —dijo.

—¿Por qué?

—Porque no puedo concebirte como una mujer casada, como una señora… ¡Con lo que nos hemos divertido tú y yo!

Ella frunció el entrecejo.

Era una muchacha alta, morena, de hermosos ojos rasgados, negros igualmente. Su tez era también morena y su boca pulposa, como una fruta madura.

—Eso ya pasó, Fred.

Él movió la cabeza, asintiendo; pero, no obstante, con un gesto dubitativo.

—Ya lo sé, ya lo sé… pero no puedo olvidarlo.

El tono de la voz de la muchacha se hizo más apremiante.

—Pues debes olvidarlo, Fred. Todo eso terminó.

—Bien, bien… Cambiemos de conversación. ¿Cuándo llegará tu prometido?

—Muy pronto. Ya ha debido salir del laboratorio.

—Me dijiste que se ocupaba de algo muy raro, pero no lo recuerdo.

Ella le miró, buscando un tono de burla en la voz, pero Fred hablaba seriamente.

—Trabaja con el profesor Nakisato: uno de los entomólogos más destacados del mundo.

—¡Ah, ahora recuerdo! Estaban haciendo no sé qué con las hormigas.

—Sí, eso es.

Ahora Fred, sin poderlo evitar, esbozó una sonrisa, pero ella aparentó no verla y se dirigió hacia el mueble bar, sirviéndose un vaso.

—Para un hombre como tú —dijo ella, sin volverse—, acostumbrado a pilotar astronaves, las hormigas pueden carecer de importancia, pero no debes juzgar lo que hacen los otros desde el estrecho punto de vista de tus propias actividades.

—No creas que no admiro a los sabios, Patricia; pero no puedo por menos de sonreír al pensar que unos hombres se pasen toda una vida estudiando a las hormigas…

El timbre de la puerta fue una salvación para la muchacha, que no estaba contenta con el sesgo de la conversación.

—¡Debe de ser él! —exclamó, con acento de alegría en la voz.

Y salió, dejando solo a Fred que bebió un nuevo trago.

Había fruncido el entrecejo.

Era imposible olvidar todo lo feliz que había sido junto a Pat, cuando ella parecía experimentar la misma sensación de gozo a su lado. Después, cuando conoció al japonés, las cosas cambiaron por completo, y Fred tuvo que confesarse que no había sabido ganarse el cariño de la joven.

No, no le guardaba ningún rencor, porque seguía queriéndola como antes; pero, de todos modos, no se imaginaba a Patricia —una muchacha llena de vida y de entusiasmo, que amaba los viajes y la existencia trashumante— pegada a la bata de un investigador cuyo tema de conversación iba a girar alrededor de las hormigas.

¡Hormigas!

Se bebió el resto del vaso de un solo trago, encendiendo un cigarrillo. Fue entonces cuando Patricia apareció, cogida del brazo de Amura.

Los dos hombres se miraron y Fred se levantó.

—Éste es Fred Wooler —presentó la muchacha—, un viejo amigo mío y el piloto de la astronave que nos llevará a Marte.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano.

—Me llamo Ato Amura —dijo el japonés.

—Voy a serviros algo de beber —dijo Patricia.

Ato se sentó y el otro hizo lo mismo.

—¿Así que usted es el hombre que se preocupa por las hormigas? —inquirió el americano.

—¿Le ha dicho algo Pat?

—Sí, aunque no mucho. Y, francamente, entre nosotros, no veo qué interés pueden tener esos bichitos para dedicarse a ellos toda la vida.

Amura sonrió.

—Comprendo su punto de vista, señor Wooler…

—Llámeme Fred, se lo suplico.

—Bien, Fred. Mi maestro, el profesor Nakisato, es un hombre algo extraño. Y si lo que desea sale bien, podrá usted decir que el mundo adelantará mucho más de lo que jamás podríamos habernos imaginado.

—Me cuesta comprenderle…

Pat les sirvió las bebidas, sentándose en uno de los brazos de la butaca que ocupaba el japonés.

Éste, después de beber un trago, continuó:

—Verá usted, Fred: el profesor piensa que de todas las especies vivas que existen, sólo dos podían haber dominado el mundo.

—¿El hombre?

—Es una de ellas: la otra son las hormigas.

Fred quedó sorprendido.

—¡Curioso! ¡Muy curioso!

—Sí… En realidad, el hombre venció en la difícil lucha contra las demás especies, en la batalla de la supervivencia, gracias al desarrollo de su cráneo. Y, más detalladamente, a la facilidad del hueso por crecer.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que la hormiga perdió la supremacía porque su cráneo no era de hueso, sino de otra sustancia no moldeable y que no podía crecer dentro de ciertos límites: la quitina.

—Creo que lo comprendo ahora —dijo—. La cabeza del hombre podía crecer y la de la hormiga no. Igual ocurría con los respectivos cerebros.

—Eso es, De ahí que el hombre se convirtiese en el dueño del mundo.

—¿Y si las hormigas hubieran podido serlo?

—Entonces, amigo mío ni usted ni yo estaríamos ahora aquí.

—Eso es lo que yo quería oírle decir. Porque, por lo que me ha dicho, me imagino que el profesor ese está intentando hacer que las hormigas tengan un cerebro mayor, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y no hay un peligro real en todo eso?

—No. Porque nosotros podremos controlar a nuestros nuevos colaboradores. La idea del profesor Nakisato es la de dar la oportunidad a las hormigas y de servirse de su cerebro para hacer progresar el mundo, asociando las dos especies, que colaborarían de mutuo acuerdo, dentro, naturalmente, de ciertos límites, quedando siempre la supremacía del hombre.

Wooler hizo un gesto ambiguo.

—No lo veo tan claro, amigo Ato… Todo eso me parece terriblemente peligroso; es más, algo que parece ir contra las leyes de la naturaleza.

Amura sonrió.

—El hombre —dijo— ha utilizado siempre a los animales y se ha valido de la vista y la rapacidad del halcón para la caza, del olfato y la bravura del perro para la defensa, de la nobleza y la velocidad del caballo para la carrera y la guerra. ¿Por qué no servirse del auxilio de las hormigas, cuyos puntos de vista pueden, en determinados asuntos, proporcionarnos unos beneficios indudables?

—No sé, no sé… Los animales que usted me ha citado son una cosa diferente a los insectos. No recuerdo dónde leí que los insectos eran como seres procedentes de otro mundo, completamente distintos a nosotros… ¿Cómo prever sus reacciones, si fuesen capaces de estar a nuestra altura?

—Es que nunca lo estarán, Fred. Les impondremos unas reglas. No olvide que poseemos métodos para destruirles si se tornasen peligrosos.

—¡Ojalá sea así!

El timbre de la puerta volvió a sonar e interrumpió, una vez más, la conversación.

Patricia fue a abrir, volviendo con dos jóvenes.

—Joe Lemba y Clark O'Neil —presentó—, copiloto el primero y miembro el segundo de la Comisión de Colonos de Marte. Mi prometido, Ato Amura.

Se estrecharon la mano. Luego, la muchacha sirvió nuevas bebidas.

—¿Cuándo es esa boda? —inquirió Joe.

—Mañana dijo ella. —Saldremos mañana mismo, ¿verdad?

—Sí —repuso Fred—. La astronave está ya preparada.

—Estoy deseando saber qué son esos colonos de Marte —dijo Ato—. Desde que los Estados Unidos llegaron al planeta, he seguido con interés todo lo que allí han hecho, pero no se ha publicado mucho sobre los colonos.

—Es natural —repuso O'Neil —. Hasta ahora, poco podíamos decir. Justamente, en el último viaje que hice allí, pude ver que las cosas habían cambiado y que, por fin, se había conseguido la aclimatación que se necesitaba para vivir.

—¿Hubo dificultades al principio?

—Muchas. En realidad, no ocupamos más que una pequeña franja de terreno, al borde del desierto. El resto del planeta está inexplorado, aunque algunos de los nuestros piensan que está habitado.

—¿Habitado? —se admiró el japonés.

—Sí. De todas formas, si allí existen seres inteligentes, deben de estar muy atrasados. Pero, por el momento, todo eso no son más que conjeturas.

—¡Qué interesante!

Y después de una pausa:

—¿Cómo han llegado a sospechar que hay seres inteligentes en

Marte?
O'Neil
entornó los ojos, como si se concentrase.

—Fue al sobrevolar lo que los astrónomos creían «canales».

—¿Y no lo son?

—No… y sí —sonrió—. Por el momento, amigo Amura, no estamos seguros de nada. Los «canales», aparentemente, no son más que franjas de vegetación que hasta ahora no hemos podido estudiar con detalle, dado que nuestra colonia está situada muchísimo más al norte y preocupada, por el instante presente, de procurar su propia subsistencia.

»Es natural, sin embargo, que si se trata de zonas de vegetación, haya agua, dirigida en cierto sentido, lo que nos permitiría hablar de "canales". Por eso di a su pregunta anterior una respuesta ambigua.

—Comprendo, pero lo de los habitantes…

—Se deduce de eso mismo. Los «canales» poseen una cierta orientación geométrica que no puede haber sido hecha por la naturaleza. Hay en ellos algo «artificial». De eso no nos cabe la menor duda.

—¿Y no han visto a nadie?

—No. La verdad es que hemos sobrevolado, con el autogiro de la colonia, varias veces la zona de los canales, pero nunca vimos, a pesar de volar bastante bajo, huellas de seres por parte alguna.

—Ahora comprendo su tesis de que sean seres de inteligencia limitada.

—Seguro. Una civilización más importante no dejaría de haber dejado huellas, aunque hubiese desaparecido. No, los habitantes de Marte deben de estar en estado primitivo.

—¡Todo eso es muy emocionante! —intervino Patricia—. Porque espero que nos dejen sobrevolar y hasta visitar aquella zona.

—Pensábamos hacerlo, de una manera sistemática —repuso Clark—, en este viaje.

—Mejor que mejor.

—¿No han visto tampoco ninguna clase de animales? —inquirió Ato, después de un corto silencio.

—No. Ni fauna ni más flora que la de las zonas de los canales. El planeta, por su aspecto exterior, parece completamente muerto.

—Siempre se pensó en una cosa así. Los astrónomos…

—… se equivocaron en muchas cosas. Por ejemplo: calculaban que la luminosidad y el calor de Marte debían ser, por la distancia que le separa del sol, mucho menor que en la Tierra.

—¿Y no es así?

—No. La atmósfera de Marte es algo así como una lente convergente, y el sol cae con fuerza, hasta el punto que el clima ecuatorial se extiende por una amplísima zona que, en nuestro planeta, llegaría desde la Ciudad del Cabo a la altura de Oslo.

—¡Qué enormidad!

—El calor y la sequedad en ese amplísimo desierto marciano son tremendos y no es extraño que no se encuentre ninguna forma de vida.

—Pero… ¿y en la zona de los «canales»?

—Ya le dije que no hemos tenido ocasión de hacer una investigación a fondo.

—¡Nosotros la haremos! —exclamó la muchacha—. ¿Verdad, querido?

—Sí. Serán unas vacaciones estupendamente aprovechadas.

* * *

La ceremonia se celebró en una cierta intimidad. Después de salir de la iglesia, fueron a comer a un restaurante de la avenida Mitubuchi, donde estuvieron, charlando y riendo, hasta bien entrada la tarde.

La marcha estaba fijada para aquella misma noche.

Al atardecer, en potentes automóviles, se dirigieron a la Astrobase de Tokio, a quince millas de la ciudad, donde los americanos habían llevado su nave del espacio, cuya silueta brillante se destacaba junto a los cohetes anticuados que los japoneses seguían empleando para los viajes entre la Tierra y la Luna.

El satélite de la Tierra había sido internacionalizado años antes, después de que la primera expedición rusa pusiese el pie en la Luna. Después, los soviéticos orientaron sus viajes estelares hacia la órbita de Venus y los americanos lograron aterrizar en Marte.

El

«USA-30»
era un cohete de propulsión atómica, dotado de todas las comodidades y concebido para el largo viaje, tres semanas, hasta Marte. Estaba completamente pintado de color azul eléctrico, color que había sido adaptado para evitar ciertas radiaciones que otros colores absorbían.

Cuando el coche se detuvo y los recién casados salieron del vehículo, la joven señaló a la astronave.

—¿Te gusta, querido?

—¡Es muy hermosa!

—¿Verdad que sí? No creo que haya otra pareja que, como nosotros, pueda permitirse un viaje de novios tan emocionante, ¿no es verdad?

—Estoy muy contento, amor mío.

—Yo también. Vamos a pasar una buena temporada, aunque creo que se prolongará un poco más de lo que habíamos pensado. ¿Qué le dijiste al profesor?

—Que estaría tres semanas fuera. Claro que no incluía el viaje de ida y vuelta.

—¡Cómo le engañaste, Ato! —rió ella—. Sólo el ir y venir nos llevará seis semanas.

El joven se encogió de hombros.

—Es igual. Yo le mentí, pero fue por piedad. Comprende que el pobre viejo va a encontrarse muy solo, en el momento culminante de su experiencia.

—Pero podrá arreglárselas bien, ¿no es así?

—Sí. Le he dejado todo bien organizado y montado. Pero ya sabes lo que le ocurre a los hombres como Nakisato… Estaba acostumbrado a mi presencia, charlar y discutir conmigo de mil cosas distintas. Ahora tendrá que hablar solo.

—Que tenga un poquitín de paciencia.

—La tendrá, no te preocupes.

Fred se acercó a ellos.

—¿Qué le parece mi cacharro, Amura?

—¡Algo fantástico, amigo Fred! Debe estar orgulloso de poder navegar en un astrocohete como éste.

—Es una cosa perfecta. ¡Ya lo verá! Se ha vencido la aceleración y tampoco sufrimos las desagradables experiencias de la falta de

gravedad.
—¿Cómo lo han logrado?
—Muy sencillamente. El
«USA-30»
lleva un falso centro de gravedad en la parte inferior: una masa de gravitones dentro de un circuito cerrado.
—Perfecto.
—Ninguna otra nave del espacio podría hacer el viaje de la Tierra a Marte en veintidós días, como nosotros lo haremos.
Amura se percató del desmesurado orgullo que había en las palabras del joven piloto. Lo encontraba, en cierto modo, natural; pero no acababa de gustarle aquel egocentrismo excesivo.
Al pensar que Fred Wooler había cortejado a Pat, sintió una sensación desagradable, intentando comprender cuáles serían, en aquellos momentos, las ideas personales del joven piloto.
Pero la expresión de Wooler parecía hija exclusiva de la admiración por su astronave y Ato desechó las negras ideas que le asaltaban.
«Eso terminó hace tiempo», se dijo.
Y volviéndose a la muchacha:
—Ya tengo ganas de estar en el espacio, querida.
—Pues se pueden ir preparando —intervino Fred—. Dentro de treinta minutos saldremos. Por el momento y mientras Joe y yo preparamos los motores, podrían ir al bar de la Astrobase. Allí nos reuniremos después.
—Está bien.
Se dirigieron hacia el elegante y moderno bar. Iban cogidos del brazo, experimentando una sensación de felicidad indecible.
—Cuando regresemos a la Tierra —dijo él—, te enseñaré la casita que he comprado para nosotros.
—Estoy segura de que será una preciosidad.
Él se detuvo, mirándola fijamente.
—Voy a hacerte una pregunta, querida.
—La que quieras.
—Pero deseo que me contestes con toda sinceridad.
—¿Cómo puedes dudarlo?
—Entiéndeme. No quiero ser grosero. Lo que deseo es que sepas, antes de conocer mi pregunta, que estoy dispuesto a complacerte en

lo que sea y que no pondré obstáculo alguno a tus deseos.

Ella sonrió.

—Me estás dando miedo, Ato…

—No debes tenerlo. Escucha, Pat…, ¿crees que serás completamente feliz viviendo en el Japón o desearías que nos fuésemos a los Estados Unidos?

Patricia apretó el brazo de su marido con intensidad.

—Tú eres mi dueño y señor —dijo, con dulzura— y yo te seguiré y viviré contigo, donde tú lo desees…

Amura la besó.

—¡Eres muy buena!

—Soy, sencillamente, tu esposa. ¿O lo has olvidado ya?

Rieron, penetrando en el bar.

Fue en aquel momento, cuando se dirigían hacia el brillante mostrador, cuando los altavoces se dejaron oír:

—¡Llaman al honorable Ato Amura! ¡Lo llaman por teléfono! ¡Tiene la comunicación en la cabina once!. ¡Llaman al honorable Ato Amura…!

Los jóvenes se dirigieron hacia la cabina y Pat quedó fuera mientras Ato, con dedos nerviosos, se apoderaba del microteléfono.

—¿Diga?

—¿Eres tú, Ato?

La voz del profesor le tranquilizó.

—Sí, señor. ¿Ocurre algo?

—¡Es maravilloso, hijo mío, maravilloso!

La emoción hacía vibrar la voz del anciano.

—¿Qué ha ocurrido, profesor?

—¡Un triunfo completo, Ato! ¡Completo! Todas las larvas nacieron sin cráneo de quitina y con hermosos y gigantescos cerebros. Crecieron a una velocidad formidable y a las seis horas ya eran adultos.

—¡Cuánto me alegro, señor!

—¡Pero no es eso todo, Amura! ¡No es eso todo!

Hubo una pausa y el joven sintió que la curiosidad le quemaba. Iba a decir algo, pero el profesor se le anticipó:

—¡Están construyendo un aparato, Amura!

—¿Eh?

—Sí, amigo mío, como lo oyes. Están construyendo un aparato

y, por lo que voy viendo, debe de ser algo para trasmitir… ¿Te imaginas lo que desean esos animales?

—No.

—¡Comunicarse conmigo, Ato! Se han dado cuenta de todo y sus poderosas inteligencias les han dado los medios de algo que yo creía irrealizable.

—Pero…

—¡Imagínate! —le interrumpió el otro, arrastrado por la emoción—. ¡Imagínate! Dentro de poco se comunicarán conmigo y una nueva era habrá nacido para nuestro viejo mundo… ¡Mi sueño de siempre! Dos especies inteligentes colaborando estrechamente para construir la civilización más formidable que jamás haya existido en el Universo.

Ato tragó saliva con visible dificultad.

—¡Es inconcebible, profesor!

—¡Eso es: inaudito! ¡Pero cierto, amigo mío! Perdona; quería darte tan sólo esta maravillosa noticia. Voy a seguir vigilando sus trabajos. ¡Estoy impaciente por que llegue el momento decisivo! He colocado una emisora en el laboratorio y espero que muy pronto me lleguen sus primeras señales. ¡Adiós, Ato!

Y colgó.

Amura quedó con el aparato en la mano, inmóvil, como una estatua. Intentaba comprender qué clase de cosas se estaban produciendo en el laboratorio de Isumi Nakisato.

Y, al mismo tiempo que colgaba el microteléfono, sin poderlo evitar, sintió un prolongado escalofrío que le recorría la espalda.

CAPÍTULO III

o se han levantado todavía, Joe?

—No.

—¿Y Clark?

—Está en el salón, escribiendo.

—¡Ah!

Lemba miró a su amigo, que parecía absorto en la contemplación de los complejísimos aparatos que tenía ante él.

—Debe de ser muy duro para ti, ¿eh, Fred?

El otro parpadeó, como si saliese de la profundidad de unas ideas hondamente ancladas en su cerebro. —¿Eh?— inquirió.

—Decía que debe de ser muy duro para ti.

—¿El qué, Joe?

Lemba se encogió de hombros.

—¡No disimules, amigo mío! Conmigo no vale.

Fred se volvió a medias, clavando una iracunda mirada en los

ojos del otro.

—Estaba pensando en otra cosa, tanto si lo crees como si no. Pero si te refieres a Pat y ese amarillo, puedes darte por satisfecho. ¡Sí, es muy duro para mí!

—Me lo imaginaba.

Y después de una pausa:

—Yo no creí nunca que Pat tomase en serio al japonés.

—Las cosas son así en esta cochina vida —repuso, agriamente, Fred—. Cuando crees que llevas la mejor baza, te sale un tipo cualquiera con un póquer de ases.

—¿La quieres aún?

—No hablemos de eso. Son cosas que, después de todo, no me incumben más que a mí.

—Perdona, muchacho. No deseaba ofenderte, sino todo lo contrario.

—¿Y que es, para ti, eso de «todo lo contrario»?

Joe se mordió los labios.

—Yo creía que, a pesar de todo, deseabas este viaje. Marte no va a ser para él tan agradable como se imagina. Podemos hacer que su estancia en el planeta rojo le pese.

Fred dejó oír una risita breve y cortante.

—¡Qué inteligente eres, amigo mío! Debían de haberte dado el Premio Nobel de la Idiotez.

—¡No le veo la gracia!

—Yo, sí. ¿Me crees tan loco como para intervenir en estas circunstancias?

—¿Qué quieres decir?

—Que ella está ahora demasiado ligada a su nuevo estado y plenamente convencida de que no hay en el mundo otro hombre como su japonés. Hay que tener paciencia e ir desmoronando lentamente su fe en él.

—¡Eres un tío listo!

—No es eso —el rostro de Wooler se había ensombrecido—. En realidad, el japonés me es completamente indiferente. Y hasta, a veces, me resulta simpático. Pero ha cometido el terrible error de llevarse a la chica a la que yo había elegido para ser mi mujer. Y eso no puedo perdonárselo.

—Comprendo.

—Pero, de todos modos, no quiero estropear las cosas y obraré con muchísimo cuidado. Marte y las exploraciones que vamos a hacer en él me darán ocasión para probar el temple de ese amarillo. Y sí, como me imagino, no es más que una rata de laboratorio, ella irá viendo, con sus propios ojos, que se ha equivocado… y vendrá a mí, sin necesidad de que yo me esfuerce en llamarla.

—Es una idea genial.

—Es la única viable, Joe. Todo lo demás echaría a rodar mis propósitos.

Y entornó los ojos, mirando a los instrumentos y aumentando la velocidad de la astronave.

Estaba seguro de la victoria.

* * *

La quinta noche, el profesor Nakisato tuvo que acostarse, pues ya no podía resistir más.

Cayó en un sopor profundo, despertándose doce horas después. Al abrir los ojos, se sentó inmediatamente en el lecho, echando una ojeada al reloj y lanzando una exclamación de asombro.

—¡He dormido doce horas! ¡Qué espanto!

Saltó del lecho y corrió, tal como estaba, hacia la puerta que conducía al jardín, sin darse cuenta, hasta que estuvo fuera, de que era de noche. Pero no se preocupó demasiado por aquel nimio detalle.

Abriendo la puerta del laboratorio, penetró en él como una exhalación, corriendo hacia el fondo y deteniéndose, con la respiración entrecortada, ante el muro de cristal tras el que estaban las nuevas hormigas.

Exclamó:

—¡Dios Santo!

Su sorpresa estaba plenamente justificada, ya que ante él y fuera del hormiguero artificial que Ato había construido, se hallaba un aparato, hecho con el plástico tomado del hormiguero y que tenía todo el aspecto de la caja de una emisora.

Cientos de insectos trabajaban en él.

No era exactamente igual al que el profesor había colocado sobre una de las mesas y hasta le pareció que el de las hormigas

poseía una línea más atrevida y algunos botones, minúsculos, que el otro no poseía.

Examinándolo por un lado, se percató de que estaba hueco por dentro y comprendió entonces su error, ya que no había proporcionado a los animales los materiales necesarios para completarlo.

—¡Qué estúpido he sido! —dijo.

Abandonó el laboratorio y se dirigió al garaje; pero, al llegar a él, la realidad se impuso a su mente distraída y se dio cuenta de que era de noche. Ningún almacén de repuestos eléctricos estaba abierto a aquella hora.

Reflexionó unos instantes.

Después, con una sonrisa de triunfo en sus delgados labios, corrió hacia la casa, dirigiéndose primero hacia la habitación de Amura, de la que cogió el moderno aparato de transistores que su ayudante poseía; luego, siempre corriendo, fue a su propio dormitorio y tomó el viejo aparato que casi nunca usaba y que era un antiguo receptor de lámparas.

Regresó al laboratorio y abriendo la tapa superior del depósito de cristal, colocó los dos aparatos cerca de las hormigas.

Cerró y se puso a mirar a los animalitos.

Algunas hormigas se acercaron a los aparatos y regresaron después junto a las otras, entablando con ellas una larga conversación «antenal». Permanecieron así cerca de veinte minutos; después, en grupo, se dirigieron hacia los dos receptores, penetrando en el interior por los orificios de los cartones que los cubrían por la parte posterior.

El profesor esperaba.

Poco después, una exclamación de asombro salió de sus labios.

Utilizando las patas, los insectos empezaron a desmontar los cartones y cuando ambos cayeron, sin hacer daño alguno a las que estaban fuera, las hormigas del interior aparecieron, con cables, condensadores, lámparas, cristales de cuarzo y demás accesorios.

¡Habían desmontado completamente los aparatos de radio!

Sirviéndose de su colosal fuerza y agrupadas ordenadamente, arrastraban los voluminosos objetos, que fueron introduciendo en la carcasa de plástico que habían construido, con el material del hormiguero artificial.

Isumi no daba crédito a lo que estaba viendo.

Pasaron las horas y él no se movió ni un solo instante, contemplando, con un arrobamiento lógico, las idas y venidas de los insectos, que iban montando la transmisora entre un dédalo de cables.

¿Cómo era posible que pudiesen hacerlo?

Porque no podía olvidarse que aquélla era la «primera» generación de insectos sin quitina en el cráneo; es decir, los primeros que poseían el cerebro libre. Y aunque éste había alcanzado un tamaño de cerca de seis veces del de sus congéneres comunes, no era, en opinión del sabio, lo suficiente para que su inteligencia se hubiese desarrollado de una manera tan formidable.

Pero allí estaba la prueba y contra la realidad nada valían las conjeturas de la ciencia.

El hambre y la sed lo vencieron hacia la mitad del día siguiente y salió del laboratorio, maldiciendo por verse obligado a salir para alimentarse.

De todos modos, cuando la sirviente colocó sobre la mesita toda la serie de minúsculos platos, Isumi se dijo que podía permitirse el lujo de comer con tranquilidad, ya que le convenía meditar un poco sobre todo lo que estaba ocurriendo en el laboratorio.

Hasta entonces no había tenido tiempo más que para admirar y extasiarse ante lo que las hormigas estaban haciendo; pero ya era hora de reflexionar un poco y empezar a establecer un plan de trabajo que se impondría forzosamente de un momento a otro.

Lo que más nervioso le tenía era el momento en que establecería contacto «inteligente» con las hormigas. Iba a ser, no podía olvidarlo, la primera vez que un ser humano se comunicaba con ellas, en el sentido más amplio de la palabra «comunicar».

¿Cómo lo harían?

Porque era completamente imposible pensar que los insectos poseían un lenguaje articulado: ni su respiración ni su anatomía respondían a una necesidad de aquel género.

¡Si Ato hubiese estado a su lado!

No podía criticar al joven, cuyos naturales deseos de casarse comprendía sobradamente, pero, no obstante, le hubiese agradado tenerlo allí para poder, con su ayuda, establecer un plan de acción que para él sólo iba a ser difícil de verdad.

Cuando acabó de comer, se permitió aún el lujo de fumar una pipa; pero, en realidad, no la terminó.

Cuando llegó al laboratorio, las hormigas estaban terminando su trabajo.

Los dos receptores estaban completamente vacíos y todos sus componentes se encontraban ya en el interior del chasis que ellas habían construido. Una larga antena, que habían desmontado del aparato de Amura, se levantaba ahora de la estructura de plástico que los insectos habían fabricado.

Seguían afanándose, ultimando algunos detalles, y el profesor las contempló, lleno de legítimo orgullo, imaginando, con una sonrisa en la boca, lo que darían muchos hombres por el privilegio de estar en aquellos momentos en el laboratorio.

Cuando, de repente, su propia emisora empezó a vibrar, señal evidente de que estaba recibiendo algo, Nakisato se quedó como de piedra. Volviéndose hacia el aparato, sintió que el cuerpo se le cubría de un sudor frío. Porque, a pesar de todo, no obstante haber esperado ansiosamente aquel momento, era algo que se salía demasiado brutalmente de la lógica para ser cierto.

El zumbido de llamada era cada vez más intenso.

Temblándole las piernas, se acercó a la emisora, sin atreverse por el momento a tocarla; luego, cuando logró dominar un tanto su inquietud, extendió la mano, pulsando la palanca de contacto. Casi en seguida, el altavoz vibró espasmódicamente.

«¡Toc!… ¡Toc-toc!… ¡Toc-toc-toc!».

Eran unas señales elementales que le recordaron el alfabeto Morse. Durante unos minutos, abstraído, hizo cuanto pudo por encontrar una lógica a aquellos ruidos que no cesaban de oírse.

Pero no lo logró.

Entonces, pulsando la palanca del micro, acercó los labios a la membrana.

—Soy el profesor Isumi Nakisato… Os he visto construir la emisora-receptora, pero no entiendo nada de vuestras señales. Nosotros, los humanos, utilizamos un lenguaje articulado…

Se detuvo.

Sin poderlo evitar, su rostro enrojeció un poco. Se encontraba un tanto ridículo, como si estuviese cometiendo un acto anormal, indigno de un ser inteligente.

¡Hablar con las hormigas!

Pero echando una mirada al aparato que los insectos habían construido, a los dos receptores que desmontaron y a todo lo que él mismo había hecho por aquellos animalitos, volvió a encontrar fuerzas para dejar de sentir aquella molesta sensación de ridículo que experimentó momentos antes.

—He dicho antes —repitió— que los humanos utilizamos un lenguaje articulado… un lenguaje ar-tí-cu-lado… Yo soy el profesor Nakisato y desearía que me hicieseis saber cómo puedo comunicarme con vosotros…

Se detuvo, esperando alguna señal que indicase asentimiento.

Pero los «toc» habían cesado.

Recordando entonces el lenguaje utilizado al principio con ciertos mudos, volvió a hablar.

—Si no podéis hacer otra cosa, yo voy a proponeros lo siguiente: cada vez que yo haga una pregunta, si la respuesta es afirmativa, produciréis uno de vuestros «toc», si es negativa, responderéis con dos. ¿Entendido?

El mismo silencio.

—He dicho que si habéis de decir «sí», daréis un «toc», si es «no» la respuesta, dos «toc»; así: «toc» para afirmar y
«toc-toc»
para negar… Espero la respuesta a mi pregunta… ¿Me habéis entendido?

Silencio.

Y de repente pensó que estaba obrando como un demente, ya que las hormigas no podían, lógicamente, entender una sola palabra de cuanto había dicho.

Sonrió.

¡Qué estúpido había sido al no pensar y razonar de forma más lógica!

Ahora se había dado cuenta de que creyó a los animalitos demasiado inteligentes, como si una primera generación de «cerebrales libres», como él había pensado llamar a los insectos sin caparazón de quitina en la cabeza, pudiese entender el complejo lenguaje japonés así como así.

Tendría que pasar muchísimo tiempo antes de que pudiese establecer un contacto definitivo con las hormigas.

¿Cómo podía haber creído que los triunfos se producirían tan rápidamente?

Y fue entonces, en aquel preciso instante, cuando se disponía a cerrar la emisora y volver a su casa para descansar y reflexionar un poco, cuando el megáfono vibró y una voz, completamente átona, empezó a expresarse.

—Te saludamos, profesor Nakisato. Hemos logrado, con la aplicación de un vibráfono, convertir los latidos de nuestras antenas en eso que tú llamas lenguaje articulado. No comprendimos bien al principio vuestra forma de expresión, pero el análisis de la gama de vibraciones posibles con vuestros aparatos de trasmisión nos ha dado la clave, Y vuestro lenguaje es extraordinariamente sencillo para nosotros…

CAPÍTULO IV


a colonia americana en Marte, que contaba con cerca de dos mil miembros, ocupaba una ancha faja de terreno, no lejos del casquete polar, en una zona de temperatura intermedia, donde no existía ni el frío de la región helada ni el calor tórrido del inmenso desierto que ocupaba las tres cuartas partes del planeta.

Carl Fendersen, un hombre de origen danés, era el jefe de aquella colonia y recibió personalmente a los ocupantes del
«USA-30»,
llevándolos en un coche oruga a su propia casa.

Las edificaciones, a pesar de ser prefabricadas —todas ellas habían sido trasladadas desde la Tierra—, ofrecían un aspecto agradable y habían sido diseñadas con cierto gusto, de manera a quitar a la nueva ciudad el aire de un campo de trabajo, como en realidad era.

Los cultivos recientes ocupaban una gran extensión y aunque las

plantas terrestres no ofreciesen su aspecto de costumbre en la tierra marciana, causaba placer lo que aquellos hombres y mujeres habían conseguido.

Los edificios estaban ordenados, siguiendo la urbanización de amplias calles y formando el núcleo de lo que llegaría, en un futuro, a ser aquella naciente ciudad. Vehículos modernos, todos ellos dotados de «orugas», debido a la blandura del suelo, recorrían las calles, que ofrecían un aspecto muy pintoresco.

Había una emisora de televisión y dos de radio y no faltaba en ningún hogar además de los aparatos receptores correspondientes todas las comodidades de la vida moderna; sistemas de aire acondicionado, de aclimatación, frío artificial, calefacción.

La mayor alegría de los pioneros que llegaron a Marte fue el descubrir que su atmósfera era respirable, aunque se imponía el uso de escafandras espaciales cuando se ejecutaban ejercicios violentos, ya que el aire del Planeta Rojo era más pobre en oxígeno que el de la Tierra, lo que perjudicaba la fisiología del esfuerzo.

Por eso era curioso ver a los trabajadores de los campos con sus escafandras, mientras la población, casi en su mayor parte, iba sin ellas.

La casa de Fendersen sorprendió a la pareja de recién casados, que esperaban encontrar una colonia de tipo primitivo. El lujo y el buen gusto se hermanaban en la mansión del Presidente, así lo llamaban, y sus amplios salones no tenían nada que envidiar a los de las casas de las más importantes familias de Europa o América.

Fendersen era un hombre que debía de frisar los sesenta, pero que aparentaba muchos menos: fuerte, curtido, jovial, siempre sonriente, demostró ser un anfitrión excepcional. Su esposa, Carol, una encantadora mujercita, estuvo a la altura de su esposo en todo momento.

El Presidente hizo cuestión de honor albergar a los recién casados, cediéndoles una de las habitaciones más suntuosas. En cuanto al resto de la expedición, se albergaron, como solían hacerlo de costumbre, en el Departamento de Astronáutica, un imponente edificio al final de la principal avenida que llevaba el nombre de Washington.

Aquel día, Carl reunió a los recién llegados en el amplio y señorial comedor de su casa, ofreciéndoles una comida a la que

también asistían los principales personajes de la ciudad, que, debido al origen del hombre que la fundó, del primer capitán de astronave que puso los pies en aquella región, se llamaba New Atlanta.

—Todo, por aquí —dijo el Presidente, a los postres—, marcha ahora estupendamente. Los tiempos difíciles parecen haber pasado definitivamente y las dificultades del principio, cuando no lográbamos que las plantas y los animales de la Tierra se aclimatasen al ambiente de Marte, han desaparecido casi todas.

—¿Cosechan muchas cosas aquí? —inquirió Ato, con curiosidad.

—De todo, señor Amura. Trigo, cebada, leguminosas, frutales… Nuestro error del principio, por desconocimiento de las características del suelo marciano, nos hizo proceder como lo hubiésemos hecho en la Tierra.

Plantamos o sembramos, abonando la tierra con las sustancias que estábamos acostumbrados a utilizar en nuestro planeta.

—¿Y ése fue el error?

—Sí. Olvidamos estúpidamente la pobreza de oxígeno y las plantas perecieron. Luego, más tarde, cuando los estudios nos demostraron el origen de nuestro error, fabricamos nuevos abonos, en los que además del nitrógeno pusimos compuestos de oxígeno… y triunfamos por completo.

—Es curioso.

—Igual nos ocurrió con los animales. Todo iba bien al principio, pero los animales adelgazaban y terminaban muriendo después de una especie de adelgazamiento progresivo que no podíamos combatir de forma alguna. Les ocurría lo que a las plantas y a los hombres, aunque en este caso encontramos la causa en seguida.

—¿Qué hicieron?

—Encerrar a los animales en establos en los que, durante la noche, se les proporcionaba una buena cantidad de oxígeno. Nunca volvió a ocurrirles nada.

—¿Tienen muchos animales?

—Bastantes: corderos, vacas, caballos, conejos…

Todo se ha ido aclimatando a este ambiente extraño. Respecto a nosotros, los seres humanos, el permanecer durante la noche en nuestras casas, sometidos a un enriquecimiento del precioso oxígeno, nos permite vivir con las mismas facilidades que en la Tierra.

—¡Es formidable! —exclamó Patricia. Y deseando saber lo que particularmente le interesaba y por lo que sentía enorme curiosidad —. ¿Es verdad, señor Fendersen, que sospechan ustedes la existencia de habitantes en Marte?

Carl sonrió.

—Así es, señora. Pero es una cuestión que hemos ido olvidando, a medida que el trabajo nos exigía todo nuestro tiempo. Estamos demasiado ocupados para preocuparnos por esas cosas secundarias…

—¿Secundarias?

—Sí. Hemos aprendido mucho desde que llegamos aquí y lo que nos interesa, de una forma exclusiva, es el avance y progreso de la colonia. Comprendo perfectamente que usted, recién llegada de la Tierra, esperase que hablásemos de los habitantes de Marte. Sí —añadió, ampliando la sonrisa de sus labios—, comprendo perfectamente su curiosidad.

—¿Han visto ustedes esos seres?

—No, pero estamos seguros de que existen. Los canales lo demuestran de una manera evidente; pero, repito, señora, que no tenemos tiempo para hacer excursiones y adentrarnos, por lo menos, mil millas en el desierto.

—¿Mil millas?

—Sí. Es la distancia que hay desde aquí al primer canal. Los otros están mucho más lejos. Respecto a los habitantes de Marte, puede estar usted tranquila. Si los hay, cosa que parece fuera de duda, serán seres primitivos, casi monos, que habitarán solamente la zona de los canales.

—¿Por qué tienen esa seguridad, si jamás los han visto, señor?

—Porque tenemos fotografías de sus pies desnudos en el suelo, junto a los canales. Pies humanos desde todos los puntos de vista.

—Comprendo.

Durante el resto de la sobremesa, que se prolongó hasta muy entrada la tarde, se habló de muchísimas cosas, tanto de la Tierra como de Marte y hasta Amura, a instancias de una observación hecha por Fred, tuvo que extenderse detalladamente en los interesantes trabajos que había estado haciendo con el profesor Nakisato.

—Leí algo, hace mucho tiempo —dijo el Presidente, cuando el

joven japonés terminó de hablar—, sobre ese asunto. No recuerdo ahora el autor y sólo vagamente lo que decía.

—¿Hablaba de las hormigas?

—Sí. Y venía a decir que si las dos especies, la humana y la de esos insectos, hubiesen colaborado desde el principio de la Creación, el mundo y su civilización hubieran avanzado enormemente.

—Ésa es la tesis del profesor —dijo Ato—. No se puede olvidar que las hormigas han llegado, dentro de la limitación de su cerebro, sin posibilidades de mayor desarrollo, a un estado de civilización especial, asociándose de una forma notable y sorprendente. Quien haya estudiado el interior de un hormiguero, se maravillará de lo que pasa en él.

—¿Es verdad que las hormigas tienen «vicios»? —inquirió Fendersen.

—Sí, aunque la palabra «vicio» me parece desmesurada para su caso. Lo que ocurre es que las hormigas ordeñan, en el interior de su hormiguero, a una clase de pulgones que tienen encerrados, como verdaderos rebaños. Según las últimas investigaciones, parece ser que esos pulgones segregan una sustancia tóxica, lo que demuestra que las hormigas tienen la fea costumbre de tomar estupefacientes al modo que los humanos.

—¡Eso sí que tiene gracia! —exclamó Fred—. ¡Hormigas morfinómanas! Nunca lo había oído.

—Pues es cierto —repuso Ato, seriamente—. Hay otras cosas tan sorprendentes como ésa, pero quizá la más importante es la facultad de cirujanos que tienen esos insectos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que son capaces de «operar» sobre los huevos, de manera a que de ellos salgan los individuos que deseen: soldados, obreros o reinas. Pinchan ciertos centros del desarrollo y consiguen lo que desean.

—Es imponente —opinó Fendersen—. Le aseguro, señor Amura, que no estaría yo demasiado tranquilo dando a esos bichos la oportunidad que el profesor Nakisato se dispone a proporcionarles.

—No hay que temer nada —sonrió el joven—. No olvide que esos insectos pueden ser destruidos con facilidad, en el caso que fuese necesario.

El Presidente se frotó la barbilla, pensativo.

—No sé…, no sé… —musitó, como si hablase consigo mismo.

* * *

Aquella noche, los dos jóvenes cenaron solos en la terraza, cubierta de cristales, que formaba parte de sus habitaciones en la casa del Presidente.

El clima artificial del que gozaban era extraordinariamente agradable y Ato y Patricia se sentían sumamente felices.

—¿Estás contenta, querida?

—Muchísimo. Todo esto es maravilloso.

—Tienes razón. Nunca creí que la colonia en Marte fuese una cosa así. Es evidente que los americanos son únicos para hacer las cosas con todo detalle.

Ella sonrió.

—Sí, mis compatriotas no están acostumbrados a sufrir demasiado. Cuando cambian de ambiente, no paran hasta rodearse de lo que para ellos constituye un derecho forzoso. Pero, de todos modos, no me ha convencido su frialdad hacia algunas cosas.

—¿A qué te refieres?

—A lo de los habitantes de Marte. ¡No sé cómo pueden resistir la curiosidad por conocer a esas criaturas, por establecer contacto con ellos! ¡Es verdaderamente increíble!

—Son hombres prácticos, querida. Y su misión es forjar aquí una gran ciudad, que seguirá a un plan de hacer otras y otras. Sólo cuando avancen hacia el desierto se preocuparán de conocer a esos habitantes primitivos.

Pat había encendido un cigarrillo y parecía absorta en la contemplación de las volutas de humo que ascendían lentamente hacia el techo.

—¿Has olvidado tu promesa, querido?

—No sé a qué te refieres.

—A hacer un pequeño viaje de exploración. ¡Cuánto me gustaría llegar hasta los canales!

Amura sonrió.

—No creo que nos pongan muchas dificultades para llegar hasta allí. La verdad es que yo también estoy interesado.

—¿Te das cuenta de lo emocionante que será?

—Sí. Y no creo que haya muchos peligros.

—¿Por qué dices eso?

—No quiero exponerte, amor mío.

—No temas. Deben de ser seres sencillos, elementales, primitivos…

—… y puede ser que feroces.

—Iremos armados.

—Indudablemente. Mañana hablaré con el Presidente para que nos ceda un vehículo oruga y lo necesario para el viaje.

—¡Estoy deseando llegar allí!

Amura sonrió.

—Es posible que nosotros, que no estamos tan ocupados como los colonos, consigamos proporcionarles detalles interesantes. ¿Quién sabe si descubriremos alguna vieja civilización, cuyos restos estén en esos famosos canales?

* * *

El Presidente asintió con un gesto de cabeza.

—¿Está usted seguro, Wooler, de que esa pareja desea hacer un viaje a los canales?

—Completamente seguro, señor.

—No veo gran peligro; pero, de todos modos…

—Yo les acompañaré, si usted lo permite.

—Sí, es lo mejor. Usted ha estado allí varias veces y podrá evitar que cometan algún error. Lo más peligroso es orientarse en el desierto.

—Yo lo conozco bien, señor.

—Ya lo sé.

Hubo una pausa; después:

—¿Cuándo piensan regresar a la Tierra? —inquirió Fendersen.

—Dentro de tres o cuatro semanas, señor.

—Tengo que preparar una serie de «muestras» de todo lo que hemos obtenido aquí. Deseo que Washington conozca todo lo que hemos logrado. Necesitamos más dinero.

—Lo darán.

—Eso espero. Las instalaciones que queremos montar son muy

costosas y aquí no poseemos materiales suficientes. Hemos intentado construir con la tierra marciana, pero es imposible: se deshace como si fuese arena de la peor clase.

—No se preocupe. Conseguiremos fondos.

O'Neil

está empezando a hacer su informe para la Casa Blanca.

—Ya lo sé. Hemos conseguido mucho, pero el proyecto Venus, del que hasta aquí hemos oído hablar, puede ponernos en dificultad con el Tesoro. Los Estados Unidos desean explorar ese planeta, donde sólo hay unas docenas de rusos y van a dedicar millones de dólares a ese asunto, cosa que puede hacer olvidar nuestra colonia.

—No tema.

O'Neil

hablará claro y su informe será completo.

—Bien. Creo que hemos hablado ya lo suficiente por hoy. Prepare las cosas para acompañar a esa pareja.

—¿Podía pedir una última cosa, señor?

—Diga.

—Desearía que Lemba nos acompañase. Así podríamos llevar dos orugas y trasladar el equipo necesario, así como el carburante, que encontraríamos a faltar.

—Me parece bien.

—Gracias, señor.

Fred abandonó el despacho del Presidente.

Estaba radiante.

Momentos después, al penetrar en la habitación que compartía con su amigo, al que encontró echado, con un cigarrillo en los labios, exclamó:

—¡Mañana salimos, Joe!

—¿Volvemos a la Tierra?

—No. Iremos hacia los canales.

Lemba sonrió.

—¿Te has salido con la tuya, eh?

—Así es. Saldremos mañana, con dos coches orugas.

—¿Hasta dónde?

—En principio, hasta el primer Canal. Luego veremos.

—¿Y si el plan no resultase?

—¿Por qué habría de fallar?

—Imagínate que ése, al que tú llamas «rata de laboratorio», resulta un hombre valiente, a pesar de haberse dedicado toda su vida a hacer sufrir a infelices hormiguitas.

—Sería igual. Estoy dispuesto a jugar todas las cartas en esta baza. Ato Amura no volverá a New Atlanta.

—No irás a matarle, ¿verdad?

—No será necesario… aunque no dudaría en hacerlo. No puedes imaginarte los ratos que estoy pasando, cuando me los imagino juntos.

Joe frunció el entrecejo.

—No olvides el Código de la Colonia, Fred. Todo hombre que mata a otro es inmediatamente ajusticiado.

—¿Me crees idiota?

—Yo no he dicho eso.

—El desierto es muy grande y los canales poseen una extraña vegetación, densa, gigantesca, como ya sabes. Además, todavía no hemos visto a esos habitantes de Marte, aunque hemos fotografiado sus huellas. ¿Te imaginas que hasta pueden ser antropófagos?

—¿Iremos armados, verdad?

—Hasta los dientes.

—Eso me tranquiliza. No quisiera acabar en el estómago de uno de esos salvajes.

—Lo que he dicho no era más que una suposición.

—Ya lo sé, pero habrá que ir prevenido.

Hubo un silencio.

Luego:

—¡Será mía, Joe! ¡Nada ni nadie podrá evitarlo!

Lemba no dijo nada.

Conocía muy bien a Fred y sabía, por experiencia, que su amigo no solía echarse atrás, ante nada, cuando deseaba algo ardientemente.

CAPÍTULO V


l adentrarse en el desierto marciano, Amura se percató, mientras conducía el oruga donde iba su esposa a su lado, de que se necesitaría una pluma excepcional para poder describir la grandiosidad de aquello.

Nada tenían que ver con el desierto marciano los otros, los de la Tierra, cuyas características eran completamente distintas. Aquí, la arena era roja y brillaba como sangre bajo los reflejos de un sol que, aunque pequeño, abrasaba por el efecto de enfoque que la atmósfera del planeta realizaba.

Era una inmensidad escarlata, sin dunas, una llanura infinita que se perdía, por todos lados, hasta la línea del horizonte, sin ninguna clase de accidente o señal que sirviese de orientación posible.

Sin la brújula, al menos durante el día, hubiese sido una locura adentrarse en aquel infierno llano, en el que los hombres parecían puntitos, granos de arena perdidos en el infinito.

Llevaban unos ventiladores adaptados a la cabina del vehículo

que no podía permitirse el uso de la refrigeración, ya que el gasto del combustible hubiese aumentado considerablemente y no se hubiera conseguido nada positivo.

—Es un calor extraño —dijo Patricia.

—Sí, un calor reflejado. El sol no penetra en la capa rojiza del suelo que, en cierto modo, obra como un espejo. Perderse en un desierto como éste debe ser espantoso.

El vehículo que pilotaba Fred los precedía y Amura no tenía más que seguirlo; de todos modos, no separaba la mirada de la brújula, dándose siempre cuenta de la dirección que seguía.

Durante las noches, después de cenar juntos, antes de que el sol se pusiese volvían a los coches y los cerraban herméticamente haciendo funcionar la calefacción, ya que en cuanto el sol desaparecía en el horizonte, surgía, tras una verdadera y sofocante oleada de calor, que el suelo devolvía al espacio, el espantoso frío del desierto marciano, descendiendo la temperatura, bruscamente, hasta unos cuantos grados por debajo del cero.

Por fortuna, los vehículos eran muy rápidos y no pasaron más de dos noches en el desierto. El tercer día, hacia el mediodía, llegaban al primer Canal.

Fue algo que Amura no pudo olvidar.

Una línea gris-verdosa surgió inesperadamente en el horizonte que, a medida que se fueron acercando a ella, fue convirtiéndose en una especie de muro de gran altura, cuya constitución no recordaba en nada lo que para un terrícola era un canal ni tampoco un bosque.

Cuando los vehículos se detuvieron, a la sombra de aquella especie de descomunal muro y descendieron sus ocupantes, el japonés contempló aquellos troncos retorcidos que se elevaban hasta una altura de treinta metros, completamente pelados, sin hojas ni nada que se les pareciese, poseyendo algunos hilos flácidos que una ligera brisa movía lánguidamente.

—¿Esto es… el canal? —inquirió la muchacha, con una expresión de decepción indudable.

—Sí —dijo Fred.

—Pero…

—Desde la Tierra —aclaró Joe— esto aparece como manchas o rayas que atraviesan todo el planeta. Les llamamos canales porque

así lo hizo su descubridor.

—Pero no hay agua, ¿verdad? —preguntó Ato, a su vez.

—No. Esos troncos no parecen necesitarla. Lo único bueno de esta región es la sombra y la brisa. Además, por la noche, la temperatura se conserva bastante, lo que permite pasearse por aquí sin necesidad de encerrarse en los coches.

—¿Y estos troncos son visibles desde la Tierra? —inquirió la joven.

Joe sonrió.

—Sí, amiga mía. No olvides que este canal tiene unas seiscientas millas de ancho.

—¡Qué enormidad!

—Hay algunos claros —explicó Fred— en el interior, pero no abundan mucho; en general, todo tiene el mismo aspecto que lo que estamos viendo ahora.

Amura observaba cuidadosamente uno de los troncos, cuya superficie le pareció pegajosa.

—¿Y no han visto a ningún animal alimentarse de esta vegetación?

—No, no hemos visto nunca ningún animal. Tan sólo las huellas que fotografiamos.

—¿Dónde?

—En uno de los claros interiores.

Hubo una pausa; después, el japonés preguntó:

—¿Dónde piensan acampar?

—En el interior. Aquí, en la orilla, todavía se siente frío por las noches. Ya veis que el coche puede pasar fácilmente entre los troncos, que están bastante separados. Yo recuerdo una de esas glorietas donde podremos encontrar huellas, si es eso lo que queréis ver.

—En principio, sí.

Los vehículos reanudaron la marcha, adentrándose por aquella extraña selva, silenciosa, callada, como si los troncos fuesen de piedra: un bosque fosilizado, resto de algunos que debieron ser verdes en tiempos pretéritos.

La explanada, como la había llamado Wooler, estaba bastante en el interior y tardaron cerca de dos horas en alcanzarla. Una vez allí, establecieron el campamento en el centro de la explanada.

Joe preparó la comida y por primera vez, desde que habían salido de la ciudad, pudieron sentarse en las sillas plegables y comer fuera de los coches, aunque la noche ya empezaba a caer.

—Es curioso que la temperatura se haya hecho tan benigna —dijo Pat.

—Lo que son verdaderamente curiosos son estos troncos —repuso Ato—. ¿Por qué, gozando de la luz solar, no poseen hojas?

—¿Es imprescindible? —inquirió Joe.

—Sí —contestó el japonés—, aunque es posible que estas plantas se alimenten de distinta manera a las de la Tierra; de todos modos, lógicamente debían tener hojas.

—Fue muy cerca de aquí —intervino Fred— donde hicimos las fotos de las huellas de los pies desnudos. Mañana, si les parece, iremos a verlas.

—¿Y no podrían presentarse esta noche esos salvajes?

—Todo es posible —rió Fred—, pero para eso estamos armados. Joe y yo haremos las guardias de esta noche.

—¿Y por qué no yo? —inquirió Ato.

—Hoy le damos permiso —replicó Wooler—; pero, a partir de mañana, nos distribuiremos ese trabajo entre todos, exceptuando naturalmente a Patricia.

—Sois muy amables —intervino ella— y muy galantes. Aprovechando todo eso y con vuestro permiso, voy a acostarme. La jornada me ha agotado.

Se levantó y después de besar a Ato, penetró en el vehículo donde viajaba con su esposo.

Los hombres encendieron cigarrillos.

—¿Sigue usted pensando en hacer algo por encontrar a los habitantes de estos canales, Amura?

El japonés miró a Fred, que era quien le había hecho la pregunta.

—Sí —repuso—. Estoy cada vez más interesado por estudiar todo esto. Ya sé que tanto ustedes como los colonos, se han dedicado al trabajo positivo, pero yo tengo tiempo para hacer algunas interesantes investigaciones.

—¿No teme perderse?

El tono de la voz de Wooler tenía algo de burlón, pero el japonés pareció no apercibirse.

—Con una buena brújula, todo irá bien.

—Espero no se haya molestado, Amura. Estaba pensando solamente en que la exploración podía ser peligrosa para su mujer.

—No pienso llevarla conmigo.

—¡Ah, eso es otra cosa! Por un momento y rogándole que me perdone de nuevo, creí que iba a dejarse arrastrar por los caprichos de Pat. Ella es muy valiente, pero no desearíamos, ninguno de nosotros, que pudiese ocurrirle algo desagradable.

—Es natural. Dejaré que nos acompañe hasta el lugar donde descubrieron las huellas. Después proseguiré la exploración sin ella.

—No puedo dejar que vaya usted solo, amigo mío.

—¿Por qué no?

—Porque sería faltar a la idea de compañerismo que nos une. Yo le acompañaré y así el viaje hacia el interior del canal le parecerá mucho más agradable.

—Es usted muy amable.

—Cumplo, sencillamente, con mi deber.

Hubo una pausa y Amura bostezó.

—Perdone, pero creo que voy a imitar a Pat: me iré a dormir.

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

Le vieron penetrar en el coche oruga y poco después se apagaba la luz del interior.

Fred encendió un nuevo cigarrillo.

Por su parte, Joe, que acababa de tirar el suyo, miró a su amigo con fijeza.

—Estás preparándolo todo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Has pensado en la reacción de la muchacha?

—Sí. He pensado en todo. Hasta en la semana que tardaremos en darnos cuenta de que nuestro buen amigo Amura ha desaparecido para siempre.

—¿No le crees capaz de regresar con la brújula?

—¿Me tomas por un imbécil? Cuando el japonés se quede solo en el centro del canal, no poseerá ninguna brújula ni nada que le sirva para orientarse.

Joe se mordió los labios; luego:

—Lo que quiero es que no olvides que el Código no perdona al

que mata.

—¿Y quién te ha dicho que voy a matar, estúpido? —entornó los ojos, que brillaron como ascuas—. La muerte sería muy poco para calmar todo lo que experimento en estos momentos. ¿Es que no te das cuenta? Quiero que vague por entre estos troncos, sin alimentos y sin agua, viendo llegar el final, en medio de una agonía espantosa.

—¡No me gustaría encontrarme en su pellejo! Pero ¿y si envían aviones para buscarlo desde New Atlanta?

—¡Pueden enviar lo que quieran! Antes te he dicho que estaremos una semana buscándolo, de forma a hacer desaparecer todos los escrúpulos de Pat. ¿Crees, Joe, que un hombre, sin agua y en este ambiente, puede resistir una semana? Además, tardaremos otros dos días en llegar a New Atlanta, lo que hará un total de nueve… No te preocupes: si lo llegan a encontrar, cosa sumamente difícil, no hallarán más que su cadáver.

—Veo qué has pensado en todo.

Fred no contestó. Había entornado los ojos y parecía sonreír, aunque lo que entreabrió sus labios no fue más que una mueca cruel y horrible.

* * *

Se sentía agotado, pero le era completamente imposible abandonar el laboratorio, donde no había cesado ni un solo instante de hablar con las hormigas.

Estaba maravillado.

Comprendió perfectamente el procedimiento que habían seguido los inteligentes insectos para descubrir la manera de «traducir» su lenguaje antenal en el articulado de los humanos. Golpeando con sus antenas sobre un vibrófono, habían logrado «imitar» el sonido de la voz humana, hallando en seguida la «clave» del lenguaje que hablaba el profesor.

Naturalmente, las primeras frases que llegaron hasta él, procedentes del altavoz, estaban llenas de imperfecciones; pero, después de muchas horas de «charla», en la que las hormigas no hicieron más que preguntar, llegaron a dominar el japonés de una forma asombrosa.

Isumi todavía no sabía nada de ellas, ya que se limitó a

complacerlas, contestando a cuantas preguntas le hacían y que los insectos no repetían jamás, bastándoles una respuesta única, a cuestiones a veces de la mayor complejidad, para enterarse perfectamente de todo.

Fue hacia el atardecer, cuando, sin poder más, Nakisato se dejó caer en una de las sillas, emitiendo un profundo suspiro, cuando la voz del altavoz inquirió:

—¿Qué le ocurre, profesor?

—Estoy cansado.

—¿Cansado? ¿Qué significa eso?

Tuvo que explicar, en un rápido curso de fisiología humana, todo lo que podía aclarar el concepto de la fatiga. Les habló además de la vida, de la muerte, de la edad y de la disminución de las facultades a medida que los años pasaban.

Cuando terminó, el megáfono sonó de nuevo:

—Ignorábamos todo eso, profesor. Nunca creímos que las criaturas de su especie fuesen tan sumamente débiles.

—¿Es que vosotros no os cansáis?

—Nunca. Y tampoco queremos que le ocurra a usted eso. En realidad, la edad no existe para nosotras.

—¿Eh?

—Tenga un poco de paciencia, profesor. Vamos a preparar un líquido, que dentro de dos horas estará dispuesto. Es un extracto obtenido de las glándulas de los pulgones, pero tendrá que procurarnos unos cuantos.

—En seguida.

Se dirigió hacia los otros hormigueros normales y no tardó en poner en el de los «cerebrales libres» una buena cantidad de pulgones.

—Vaya a descansar ahora, profesor. Cuando regrese, todo estará preparado, y ya no volverá a cansarse nunca.

Lleno de perplejidad y presa de extrañas ideas Isumi obedeció, dirigiéndose a su casa. Después de tomar algunos alimentos, se echó a descansar, quedándose profundamente dormido.

Despertó seis horas más tarde, regresando inmediatamente al laboratorio, luego de tomar un par de tazas de café bien cargado.

Las hormigas se pusieron en inmediata comunicación con él.

—Hemos colocado el líquido que ha de tomarse en un recipiente

de su laboratorio, sobre la mesa de mármol negro. Tómelo y siéntese en seguida, ya que sufrirá un breve desvanecimiento. Luego pasará todo.

—Pero… ¿de qué se trata, en realidad?

—De un extracto glandular qué le convertirá en un ser incansable. Usted nos ha ayudado y nosotros queremos demostrarle nuestro agradecimiento.

El profesor sonrió.

—Jamás pensé —dijo, en voz alta— que las hormigas pudiesen experimentar sentimientos como nosotros.

—No es eso —replicó la voz—. Nosotros ignoramos la existencia de esos sentimientos, aunque entendemos su mecanismo. Nos limitamos a utilizar las palabras adecuadas que usted nos ha enseñado.

—Comprendo.

Se alejó del megáfono y avanzó hacia la mesa, contemplando, no sin aprensión, el vaso de laboratorio que contenía un dedo de una sustancia azulada.

Se imaginó el trabajo que debían de haber realizado sus nuevos amigos para transportar aquel líquido desde el hormiguero artificial hasta la mesa.

Tras unos instantes de duda, el profesor, convencido de que las hormigas deseaban hacerle un favor y de que no debía temer nada de ellas, ya que los insectos eran los primeros interesados en mantener contacto con el humano que les había liberado de milenios de atraso, tomó el vaso, terminando con su contenido de un sorbo.

Luego, recordando las instrucciones que había recibido, se dejó caer en una de las sillas.

Un calor extraño se apoderó de él.

Fue como una llamarada que le quemase el pecho y que después, corriéndole por venas y arterias, le incendiase el corazón. Segundos más tarde, al tiempo que una llamarada le cegaba, el profesor perdió el conocimiento.

Transcurrieron unos instantes.

Poco a poco, diminutas siluetas empezaron a salir del hormiguero artificial. Habían perforado sus paredes y descendieron por las patas de la mesa sobre la que estaba el recipiente de cristal,

recorrieron el suelo y dirigiéronse rápidamente hacia el lugar donde se encontraba el sabio.

Fue una labor sencilla subir por las piernas del anciano, escalar su cuerpo y llegar hasta la cabeza. Una vez allí, una de las hormigas, de cerebro enorme y que llevaba una punta metálica en sus patas, realizó algo extraño y un sutil y minúsculo zumbido, como el de un motor microscópico, desgarró el silencio del laboratorio, sólo interrumpido por la pesada respiración de Nakisato.

Las hormigas se habían concentrado sobre la oreja izquierda del sabio y la que manejaba el aparato brillante no tardó mucho en perforar la piel y después el hueso. Dos hormigas más, que estaban a su lado, trabajaron intensamente, manejando unos hilos y atando los minúsculos vasos, de manera que no se produjo hemorragia alguna.

Cuando el orificio fue lo suficientemente grande, uno de los insectos, el de tamaño más reducido, penetró por él, introduciéndose, después de desgarrar ligeramente las meninges, en el cerebro del japonés.

No tardó más de tres minutos en reaparecer y sus antenas chocaron con las de la hormiga que había abierto el agujero. Ésta colocó el trozo de hueso, que no tenía más de tres milímetros de diámetro, tapando la herida y recubriéndola después con una sustancia que ella misma segregó por la boca.

Volvieron a descender y regresaron al hormiguero.

CAPÍTULO VI



e detuvieron no muy lejos de la explanada donde habían instalado el campamento. Fred buscó por los alrededores, llamándoles después a todos.

Las huellas, conservadas en el légamo que cubría el suelo, eran perfectamente visibles y mostraban el contorno de unos pies desnudos.

—Hay otras nuevas —dijo Wooler.

Y señaló algunas, recientes, que se dirigían hacia el interior del espeso bosque de troncos desnudos.

Ato las observó, examinándolas detenidamente.

—No debe hacer mucho tiempo que pasaron por aquí.

Y siguiendo su curso, giró hacia la derecha, terminando por detenerse junto al claro desde donde se veían los vehículos.

Los otros le habían seguido.

—¿Se dan cuenta de que esas criaturas nos han estado espiando?

Fred frunció el entrecejo.

—Es verdad —repuso.

—Desde luego, por lo que se ve —intervino la muchacha—, no deben tener malas intenciones, ya que ni siquiera salieron de la linde del bosque.

—Debieron vernos, a Fred y a mí —opinó Joe—. Estuvimos de guardia casi toda la noche.

—Es posible que tuviesen miedo.

—Ésa es la única explicación de que no llevasen su curiosidad más lejos —resumió Amura—. Eran dos —agregó, examinando y contando las huellas.

—¿Cómo serán? —inquirió Pat.

—Como nosotros. La forma de los pies demuestra una constitución semejante.

—¿No habitarán en lo alto de los árboles?

Levantaron la cabeza, examinando los troncos lisos, con aquellos extraños flecos que colgaban de sus extremidades superiores.

—No creo que sean arborícolas —dijo Ato—. Además, deben de ser tímidos y muy elementales. Casi es seguro que serán como los hombres de nuestra prehistoria.

—Aquéllos eran feroces.

—Depende, querida. No hemos visto aquí fauna alguna que justifique una violencia en los métodos de vida. Tampoco hemos visto osamenta de animales. No, aquí no hay más que estos troncos y las criaturas cuyas huellas estamos observando deben de ser, forzosamente, vegetarianos. Lo que quiere decir que no pueden ser belicosos. No están acostumbrados ni a hacer daño, ni a matar.

Y después de una corta pausa.

—Tú, Pat, y el amigo Joe vais a regresar a los coches. Nosotros, Fred y yo, examinaremos una zona más amplia, para ver si tenemos la suerte de encontrar a alguna de esas criaturas. ¡Con unas buenas fotos me daría por satisfecho!

—¿Cómo? ¿No vas a dejar que te acompañe?

—No es prudente. Fred piensa como yo, ¿no es verdad, amigo?

—Tu marido tiene toda la razón, Pat. No iremos muy lejos, te lo aseguro. Además, vamos perfectamente armados y no tememos encontrarnos con esos seres primitivos.

Ella dudó, frunciendo el entrecejo, pero finalmente convencida.

—Está bien. Sólo quiero que seáis prudentes.

—Lo seremos.

La mujer besó a Amura y se alejó, del brazo de Joe, volviendo al campamento.

—¿Vamos? —inquirió Fred.

Antes de contestar, Ato examinó detenidamente la brújula; después, empezando a andar, siguiendo las huellas, repuso:

—¡En marcha!

No les fue excesivamente difícil seguir las pisadas, ya que éstas se dibujaban nítidamente sobre el légamo. El camino que seguían era bastante recto; pero, de todos modos, Amura no dejaba, de vez en cuando, de observar la aguja de la brújula, tomando anotaciones en un cuaderno que llevaba en el bolsillo de pecho de su cazadora de cuero.

Anduvieron, sin concederse el más pequeño descanso, durante cerca de cuatro horas, siguiendo un camino que, según las observaciones de Ato, iba inclinándose hacia el oeste.

Le maravilló que aquellos seres fuesen capaces de orientarse en medio del laberinto de troncos, que eran casi todos completamente idénticos, no mostrando detalle alguno que sirviese para diferenciarlos.

—Deben poseer —dijo— un sentido de orientación formidable.

—Sin duda —repuso Fred—. Yo ya me habría perdido mil veces.

—¿No toma usted nota del itinerario?

—¿Para qué? He visto que usted lo hace y confío en que no cometerá ningún error.

—No tenga cuidado —y acercándose al otro, con el cuaderno en la mano—. Fíjese, Fred: Ésta es exactamente la línea que hemos seguido desde que salimos del campamento. Los cambios de rumbo están marcados en sus correspondientes ángulos.

—¿Y esos números?

—Son los pasos. Así, al regreso, será muy fácil encontrar el camino. Además —señaló las huellas—, estas marcas se pueden seguir sin necesidad de brújula alguna.

—En eso confiaba yo.

—Hace bien, aunque yo voy a seguir marcando el camino.

Una hora más tarde, llevaban ya cerca de cinco de marcha, vieron, con sorpresa, que las huellas desaparecían por completo.

—¡Ni que hubiesen echado a volar!

Y Amura levantó la cabeza, no encontrando mas que el archisabido panorama de los gruesos troncos desnudos.
—¿Qué cree usted que haya podido ocurrir? —inquirió el otro.
—No lo sé. Es posible que hayan tomado el camino del aire.
—¿Es que intenta hacerme creer que esos tipos vuelan?
—No me refiero a eso, sino que, sencillamente pueden subir a los troncos, saltando del uno al otro.
—¿Como Tarzán, eh?
Amura no le escuchaba ya.
Examinando detenidamente las últimas huellas, se dio cuenta de que era imposible que aquellas criaturas, por muy ágiles que fueran, pudiesen saltar hasta el tronco más cercano, que estaba a una buena docena de metros.
¿Qué podía haber ocurrido?
Miró, por todas partes, recorriendo el terreno en todas direcciones, sin hallar nada que pudiese explicarle lo que los dos marcianos habían hecho para desaparecer de aquella sorprendente manera.
—¡No lo entiendo! —suspiró, volviendo junto a Wooler.
Éste, que había seguido curiosamente los pasos del japonés, creyó que había llegado el momento de pasar a la acción.
En realidad, le importaba un bledo lo que hubiese pasado con los marcianos: su objetivo concreto era eliminar a Amura y el resto carecía de importancia para él.
Armara se sentó en el suelo, desalentado, y encendió un cigarrillo.
—¿Dónde demonios se habrán metido? —inquirió, después.
—Comprendo —dijo Fred— qué se trata de un problema apasionante, pero he de confesar que no entiendo nada absolutamente.
—Yo tampoco.
Wooler se había descolgado el rifle, como si desease dejarlo en el suelo para sentarse después junto a Ato. En realidad, había obrado cuidadosamente, colocándose a la espalda del japonés que, absorto en sus pensamientos, no hizo caso alguno de la hábil maniobra del americano.
Lo demás fue demasiado rápido para evitarlo.
El culatazo fue fulminante y Ato cayó, de bruces, sin sentido,

quedando en una postura difícil, con el rostro en el suelo y el cuerpo curvado hacia adelante.

Fred lo volvió y comprobó que estaba sin conocimiento y que tenía para tiempo. Le vació los bolsillos, apoderándose de la brújula y del cuadernito, así como del saco de provisiones y de la cantimplora de agua.

Después, examinando las huellas, las borró lo más cuidadosamente posible, durante una extensión de casi una milla. Luego se descalzó, marcó sus propias huellas en dirección opuesta, internándose en el bosque. Más tarde, volvió a colocarse las botas, tras de haber recorrido dos millas, para regresar por otro camino paralelo.

Estaba completamente seguro de que el japonés sería incapaz de encontrar el buen camino.

Él siguió, al pie de la letra, las indicaciones del cuaderno, no tardando en encontrar el principio de las huellas que no había borrado. Destruyó aún las que había en una milla y media más, prosiguiendo después la marcha hacia el campamento.

No iba a presentarse inmediatamente, sino que lo haría al día siguiente, como si llegase de muchísimo más lejos o hubiese estado buscando desesperadamente a su desaparecido compañero.

El triunfo había sido sencillo.

Ahora no tendrás más que esperar a que el dolor se borrase del alma de Pat. Y pensaba contribuir, con todos los medios a su alcance, para paliar el sufrimiento de la muchacha.

Después…

No pudo evitar una sonrisa y hubo de hacer un verdadero esfuerzo para no soltar una estentórea carcajada.

¡Pat sería suya!

* * *

Nakisato sintió, mucho antes de abrir los ojos, que una extraña euforia le invadía por completo.

Poco después, cuando finalmente los abrió, mirando con sorpresa al laboratorio, hubo de hacer un esfuerzo grande para recordar los detalles de cuanto había pasado antes. Lo logró y una sonrisa entreabrió sus labios, al rememorar lo que las hormigas le

habían ordenado hacer.

Miró hacia el vaso.

Allí estaba, aún con un resto de poso azulado en el fondo, prueba fehaciente de que lo había tomado, siguiendo las instrucciones de los insectos, que le habían asegurado que no sufriría de cansancio.

¿Lo estaba ahora?

Se puso en pie, maravillándose de la ligereza de sus movimientos, comprobando la elasticidad de sus músculos y dándose cuenta, al mismo tiempo, de que su mente funcionaba como nunca.

Fue entonces cuando miró sus manos.

Y tuvo que hacer, un violento esfuerzo para no lanzar un grito de asombro, ya que su piel, que recordaba arrugada, estaba ahora tersa, fina, con un aspecto juvenil que no ofrecía la menor duda.

Presa de una indecible emoción, el japonés se acercó al espejo que su ayudante, en los momentos en que el trabajo no le permitía abandonar el laboratorio, utilizaba para afeitarse. Se aproximó al cristal, haciéndolo con cierto temor, con una creciente angustia que no podía evitar.

Se sonrió.

Y llevándose las manos al rostro, retrocedió, aterrado.

—¡Es imposible!

Tuvo que volver nuevamente junto al espejo, mirarse varias veces, luchando por alejar el pánico que le invadía. Finalmente, y un poco sereno, se vio obligado a reconocer un hecho indudable.

¡Poseía el rostro que había tenido a los veinte años!

Todo su cuerpo se había rejuvenecido, sin que nada del viejo profesor quedase en él.

—¿Cómo han podido hacerlo? —balbució acercándose a la emisora con un paso incierto, como si estuviese ebrio.

El megáfono vibró entonces:

—¿Está contento, profesor?

Le costó hablar.

—Sí… —Su voz era entrecortada— estoy muy contento… mucho.

Luego, con algo más de serenidad en la voz, preguntó:

—¿Cómo habéis podido lograr esto?

—Ya le dijimos que nosotros no conocemos el paso de la edad, Nacemos tan íntegras y fuertes como cuando morimos. El tiempo no tiene, en nuestro mundo, más trabajo que el de señalar nuestro fin y nuestro principio.

—¿Quiere decir eso que el líquido de los pulgones es una droga maravillosa?

—Eso es. ¿Qué creía que era?

—Los hombres de ciencia lo juzgaron como una especie de tóxico.

—Estaban equivocados.

—Ya lo he comprobado.

Cientos de ideas vagaban por la mente de Nakisato y una de ellas se ancló con fuerza en su cerebro.

—¿Puedo pedir algo? —inquirió, con un tono de emoción en la voz.

—Le escuchamos.

—Yo no sé si habéis comprendido todo lo que os he explicado de la vida de los humanos, pero nosotros no somos como vosotros y pertenecemos a dos sexos distintos…

—Ya lo sabemos.

—Bien —le costaba encontrar las palabras adecuadas—. Yo… en fin, no había pensado más en ella. Mi trabajo y mi edad me absorbieron por completo y ahora me doy cuenta de que, en cierto modo, hice mal en abandonarla.

—¿Se trata de una mujer?

—Sí.

—¿De Flor de Loto?

Isumi palideció.

—¿Cómo lo sabéis?

—Empezamos a conocerle un poco, amigo mío. Y ya no hace falta que siga hablando. Vaya a su casa y llámela por teléfono. Debe convencerla para que tome la sustancia que lo ha rejuvenecido a usted. ¿Lo hará?

—¡Claro que lo haré!

Y abandonó el laboratorio a toda velocidad.

Se encontraba tan increíblemente joven que sentía ganas de saltar y brincar, de correr, fuera de la casa, para gritar a los cuatro vientos la inmensa felicidad que le poseía por completo.

Pero la reflexión, su mente seguía siendo, aunque más ágil, la del viejo profesor Nakisato, lo puso sobre aviso, haciéndole ver los peligros de que todo aquello se supiese demasiado pronto.

Pero a pesar de ponerse en guardia, cometió el error de olvidar a la sirvienta que, al verle, sin conocerle, lanzó un grito, precipitándose hacia el aparato telefónico, con el indudable deseo de llamar a la policía.

El japonés no dudó un momento.

Algo, en su interior, despertó una cólera que nunca había conocido. Ese «algo» le hizo ver la catástrofe que se produciría si aquella mujer conseguía dar la alarma: hormigueros confiscados, insectos destruidos. Todo el trabajo de aquellos años y su propia felicidad, reciente, nueva, estrenada hacía pocos minutos, se vendría ruidosamente abajo.

Presa de una furia indecible, se lanzó sobre la mujer y sus fuertes y jóvenes manos cerraron, alrededor de su garganta, un cepo que ahogó el alarido de terror que la mujer pugnaba por lanzar.

Momentos después, cuando sus dientes se aflojaron, el cuerpo de la sirvienta se deslizó contra la pared, terminando por desplomarse blandamente en el suelo, junto a la mesita sobre la que estaba el teléfono.

Isumi esperó la oleada de remordimiento que debía producirse en su cerebro, pero nada de aquello ocurrió y le pareció como si no hubiese sido él quien acababa de matar a la mujer o como si el acto que había realizado careciese de la menor importancia.

No hubo demasiada lucha en su mente, ni la conciencia se rebeló contra el asesinato que acababa de realizar. Sus sentimientos humanos habían desaparecido y nada se despertó en su interior.

Volviendo la espalda al cadáver, tomó asiento sobre una de las esteras, teniendo que empujar un poco los pies de la muerta que le molestaban. Luego, tranquilamente, buscó en el listín el viejo número, al que llamaba de vez en cuando, en los momentos en que sentía aquella nostalgia por algo que, en aras de la ciencia, había abandonado libremente.

Hablaba con la mujer de tanto en tanto y ella le complacía, escuchándole atentamente sin que jamás brotase de sus labios el menor reproche. Ella era una japonesa de pies a cabeza y comprendía perfectamente que no tenía derecho alguno a protestar

por la decisión que Isumi había tomado treinta o cuarenta años antes.

Llamó.

—¿Quién es?

—Soy yo, Isumi.

—¿Cómo estás?

—Escucha. Debes venir cuanto antes a mi casa. He de comunicarte algo de la mayor importancia, algo sorprendente.

—¿Has triunfado en tus experimentos? —inquirió ella, ya que el sabio la tenía parcialmente informada de cuanto hacía.

—Sí. ¡Más de lo que jamás pude soñar! ¿Vendrás, Flor de Loto?

—¿He de hacerlo en seguida?

—¡Sí, por favor!

—Bien. Iré ahora mismo.

—Te espero.

Colgó, sonriendo, el microteléfono, incorporándose seguidamente.

Al volver a mirar el cadáver, fue a preguntarse qué haría con él cuando se dio cuenta de que las hormigas lo estaban llamando. Cargó, pues, con el cuerpo, atravesando el jardín —desde fuera no podía verse nada— y penetró en el laboratorio donde dejó a la mujer, no lejos del hormiguero donde pululaban las «cerebrales libres».

—Has hecho muy bien —dijo el altavoz—. Ahora cierra el laboratorio y ve a esperar a la mujer. Sobre la mesa tienes el vaso con el líquido que ha de tomar. Cuando se haya desvanecido, la traes aquí y la dejas una hora. Tú te irás a descansar, mientras tanto.

El profesor asintió.

—Bien.

Cogió el vaso y salió, cerrando el laboratorio. Acababa apenas de hacerlo cuando el suelo se puso negro al paso de las hormigas que, saliendo del depósito de cristal, rodearon el cadáver, preparándose a celebrar un macabro y descomunal banquete.

El profesor, en su aturdimiento, no había observado que ya las hormigas le tuteaban y que su tono era autoritario.

CAPÍTULO VII



a primera sensación que llegó a la conciencia de Ato al volver en sí fue un intenso dolor de cabeza. Se sentó en el suelo, más mecánica que voluntariamente, sin abrir aún los ojos; después, al hacerlo, se quedó parpadeando, mientras su cerebro lo iba recordando todo.

Pasándose la mano por el occipucio, encontró un chichón doloroso al tacto y aún húmedo de sangre que, en su mayor parte, se había secado, agrupando los cabellos de aquella parte de su cabeza.

Cuando se puso en pie, dominando el intenso mareo que sentía y buscando afanosamente a su compañero, todavía no sospechaba la verdad. Pero cuando no vio a Fred por parte alguna y notó la falta de la brújula y del cuaderno, así como de las provisiones y del arma, se mordió los labios con cólera.

—¡El muy puerco!

Comprendía ahora muchísimas cosas a las que no había dado

más que una importancia secundaria y que, en realidad, la poseían muy grande.

No era extraño que aquel canalla intentase deshacerse de él, ya que un solo motivo podía haberle impelido a cometer aquélla felonía: Patricia.

Pero lo importante es que no había conseguido matarle y que, tarde o temprano, orientándose por las huellas que habían seguido y por las suyas propias, podría regresar al campamento, dando su merecido a aquel bandido.

En cuanto a Pat, estaba completamente seguro de que la muchacha no iba a dejarse embaucar por las mentiras que Wooler le contase.

Fue recuperándose, con bastante rapidez, hasta conseguir moverse y entonces recorrió los alrededores hasta encontrar las huellas de los pies desnudos, observando que iban en dirección contraria a la que debían haber seguido, puesto que terminaron, evidentemente, junto al sitio donde Fred lo había agredido.

Con el entrecejo fruncido, llegó pronto a la conclusión de que aquello no podía ser obra más que de Fred que había querido engañarle, alejándole de la verdadera dirección. Las huellas se alejaban, eran las de una sola persona y los pies, aunque muy parecidos, no eran como los que él recordaba por haberlos observado con todo detalle.

Sonrió.

Volviéndose, descubrió el lugar donde Fred había borrado las marcas de los pies desnudos de los misteriosos marcianos. El emborronamiento había sido hecho de una manera burda y Ato se sintió complacido de que su enemigo no fuese tan inteligente como él mismo debía considerarse.

Tendría que darse prisa, ya que deseaba llegar al campamento antes de que los coches se hubiesen ido, pues era muy probable que Fred lograse convencer a Pat de que estaba dispuesto a buscar al «desaparecido», conduciéndola por un camino distinto al que habían seguido.

Si los autos no estaban en el claro del bosque, podría darse por irremisiblemente perdido, ya que jamás lograría, por sus propios medios, y aunque hubiese tenido agua y provisiones, atravesar el horrible e infinito desierto de Marte.

Iba a empezar a andar cuando un sonido extraño sonó a su espalda. Hacía algunos segundos que le parecía haberlo oído, pero creyó que se trataba del viento que cruzaba entre los gruesos y pelados troncos.

Al volverse, se quedó helado.

Dos criaturas, con todo el aspecto de seres humanos, con los pies descalzos y llevando unos pantalones cortos de color metálico, le miraban curiosamente.

Eran hombres, pero había un detalle en sus rostros que los diferenciaba de la Especie humana.

Los ojos.

Jamás había visto Amura unos ojos tan grandes y que ocupaban casi la totalidad de la frente, llegando junto a la boca. Eran ojos de búho, con grandes párpados que ahora estaban casi cerrados por completo.

El japonés, aterrado y esperando el ataque, retrocedió unos pasos, hasta que su espalda chocó con uno de los troncos.

Fue entonces cuando uno de ellos, adelantándose, dijo:

—No deber tener miedo.

Ato palideció.

Porque aquella criatura se había expresado en un inglés elemental, pero inglés después de todo.

¿Cómo podía ser posible?

No era, sin embargo, víctima de una alucinación; pero, por si acaso, se pellizcó una mano experimentando claramente una sensación de dolor.

«Estoy completamente despierto —se dijo—. Y esas criaturas son tan reales como yo mismo…».

—No tener miedo —repitió el que se había adelantado; después, viendo que el japonés seguía guardando silencio (en realidad su garganta estaba atenazada por la sorpresa), añadió—: ¿Tú entender palabras mías?

Amura tragó saliva, logrando, por fin, articular unas palabras:

—Sí, entiendo.

El que había hablado esbozó una sonrisa; luego continuó:

—Tú ser uno de los que seguiste nuestras huellas… ¿dónde estar el otro?

—Se ha ido.

—Yo comprender —dijo el marciano—. Nosotros ver que el otro golpearte y luego huir.

—¿Cómo? ¿Lo visteis?

—Sí. Nosotros ver todo.

No era extraño, con aquellos enormes ojos.

Hubo un corto silencio.

—Tú deber venir con nosotros. Gran Eluk desea hablar con uno de vosotros.

—¿Quién es Gran Eluk?

—Tú verlo pronto.

Levantó la mano derecha y entonces pudo Ato ver un detalle en el que no se había fijado hasta entonces.

El marciano llevaba una especie de pulsera, con varias esferas, como si se hubiese colocado varios relojes en la misma correa. Pulsó en uno de ellos y a los pocos segundos, el japonés vio, detrás de los marcianos, que el suelo empezaba a hundirse, como si una trampa se abriese tras ellos.

—Tú venir —dijo el que hasta entonces había hablado.

Amura hizo funcionar sus meninges a toda velocidad.

La apariencia pacífica y tranquila de los marcianos había alejado los temores del principio, pero no dejaba de pensar en que todo el tiempo que perdiese iba en contra de él… y de la posibilidad de encontrar los coches en el campamento.

De todos modos, huir le parecía absurdo, ya que podía esperar que aquellos seres le ayudasen.

Se acercó a los otros y a un gesto del que llevaba la dirección, saltó sobre la plataforma, no podía ser otra cosa, que se iba hundiendo lentamente en el suelo.

Ahora comprendía cómo habían desaparecido las huellas como por ensalmo.

No hubo ningún ruido que indicase la presencia de un motor que realizase aquel descenso. El rectángulo abierto, de unos doce pies de lado, fue dibujándose sobre su cabeza, al tiempo que la luz desaparecía, penetrando en un mundo de tinieblas muy densas.

Cuando la plataforma se detuvo, uno de los marcianos le cogió del brazo y lo condujo fuera de ella. Luego el rectángulo empezó a subir y la oscuridad se hizo verdaderamente insoportable.

—No veo nada —dijo.

—Tú no temer —repuso el marciano.

Poco después, una luminosidad verdosa salió de los «relojes» que aquellas criaturas llevaban en las muñecas y aunque la luz era insuficiente, Amura respiró, ya que las tinieblas eran angustiosas hasta lo increíble.

—Tú venir.

Cogido siempre al brazo de un marciano, el japonés empezó a andar, no mucho, ya que ellos se detuvieron junto a un borde que delimitaba una zona de la que surgía un reflejo vivo.

«Agua», pensó Ato.

Le hicieron subir en una extraña embarcación, que parecía metálica al tacto y que se deslizó a considerable velocidad por aquella corriente subterránea que les llevaba Dios sabía dónde.

Por la velocidad que llevaban y el tiempo que tardaron en detenerse, Amura calculó que, por lo menos, debían de haber recorrido cien millas. Y la idea de haberse alejado tanto de Pat puso en su corazón una tristeza de la que no pudo desprenderse por completo.

Una vez que la «barca» se hubo detenido, le volvieron a coger por el brazo, poniéndolo en tierra firme. Fue entonces, al mirar hacia al fondo, cuando vio una especie de puerta de la que brotaba una luminosidad verdosa de cierta intensidad.

Caminaron hacia el portón.

Al atravesarlo, Ato se sorprendió al observar que se hallaba en una amplia calle, con edificios a ambos lados, no muy altos, pero dotados de una singular belleza. Vehículos extraños, especie de motocicletas con muchas ruedas minúsculas, corrían de un lado para otro, montados por criaturas iguales a las que le acompañaban.

El marciano que le precedía se detuvo ante uno de aquellos vehículos, aparcados junto a una de las casas. —Ato no pudo ver nada que se pareciese a una acera—, volviéndose entonces a su compañero y hablando con él, por primera vez, en una lengua extraña y asombrosamente rápida.

El otro se alejó.

—Tú subir detrás de mí.

Los vehículos eran, generalmente, biplazas y Ato se acomodó a la espalda del marciano. Casi en seguida se puso la «moto» en marcha y Amura se agarró al otro, maravillándose de la velocidad y

habilidad con que manejaba aquel curioso aparato.

Otros muchos les cruzaban y no parecía haber una dirección definida para ninguno, de forma que el que conducía el suyo, tenía que evitar, con virajes escalofriantes a los que, sin ninguna clase de aviso, se cruzaban ante él o surgían de las calles adyacentes, sin que ninguna ordenación del tráfico se viese por parte alguna.

Ato terminó por acostumbrarse a aquella curiosa y anárquica circulación, admirando la precisión y habilidad de los conductores; pero, de todos modos, cerró muchas veces los ojos, seguro de que iban a estrellarse irremisiblemente.

El vehículo se detuvo, por último, ante una casa que no parecía distinguirse demasiado de las demás. El marciano indicó al terrícola que descendiese y maniobró uno de sus misteriosos «relojes», dirigiéndose hacia la puerta en la que no había nadie.

Dentro sí que encontraron grupos de marcianos que los observaron, sobre todo a él, con una expresión de curiosidad pintada en sus enormes ojos, pero nadie les detuvo ni interpeló, llegando ante otra puerta que el otro abrió sin llamar.

Penetraron en un salón, de grandes dimensiones, con una mesa esquinada tras la que había cuatro marcianos en todo idénticos al acompañante de Amura. Quizá fuesen un poco más viejos, ya que sus cabellos, en general, eran bastante canosos, mientras que los del que le había llevado hasta allí tenían un hermoso color negro.

Su compañero habló, no mucho, pero con aquella rapidez fulminante, pareciendo que las palabras salían atropelladamente de su boca, a chorros.

Después se retiró.

Los cuatro hombres miraron a Ato y después de un silencio que pareció interminable a éste, uno de ellos dijo:

—Haga el favor de sentarse.

El japonés acercó una silla, de curiosa forma y fabricada de aquel material metálico que parecía estar por todas partes, sentándose al otro lado de la mesa.

Nuevo silencio.

Luego, el que parecía más anciano:

—Sabemos que es usted un terrícola. ¿Por qué han venido a la zona de los canales?

Ato contestó:

—Deseaba conocerlos a ustedes.

—¿Por qué?

—Los colonos habían descubierto unas huellas en la zona de los canales. Y yo quise ver si era posible encontrar a algún marciano.

—¿Por qué le agredió su compañero?

—No lo sé, aunque supongo que porque continúa enamorado de mi esposa… ¡Es un canalla y un cobarde!

—Ya sabemos que los terrícolas no se aman los unos a los otros: no es nada nuevo para nosotros. Sois una especie peligrosa, amante de la violencia y loca. Por eso no quisimos entrar nunca en contacto con vosotros.

—¿Conocíais la existencia de los colonos?

—Mucho más. Hemos estado varias veces en la Tierra.

—¿Eh?

—Hace tiempo que exploramos el espacio; pero, como te dije antes, nos dimos cuenta en seguida de que vuestra amistad no era nada buena para los marcianos.

—¿Cómo es posible que conozcáis nuestra lengua?

—Conocemos todas. Yo sé que tú eres japonés —y utilizando el lenguaje vernáculo de Ato, agregó—. Ya ves cómo podemos expresarnos en todas vuestras lenguas.

Amura estaba maravillado.

Contemplaba aquellos seres semidesnudos, con los pies descalzos —veía los de su interlocutor debajo de la mesa— y se preguntaba cómo era posible que aquellas gentes hubiesen atravesado el espacio y conocido la Tierra como acababan de demostrárselo.

—Estáis descontentos de nuestra presencia en Marte, ¿verdad?

—No nos preocupa vuestra presencia en nuestro planeta. Nunca llegaréis hasta los canales. Porque vuestra historia está terminando.

El japonés frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

Hubo una pausa; luego, el anciano:

—Tú acabas de atravesar enormes galerías, aunque no conoces más que una pequeñísima parte. Todo este mundo subterráneo, donde se ha refugiado mi raza, no nos pertenecía.

—¿De quién era?

—De los «Detropus»: hormigas gigantescas, venidas de fuera de la Galaxia, hace miles de billones de años, y que se establecieron en

Marte mucho antes de que nuestra especie apareciese sobre su superficie.

—¿Hormigas? —repitió Amura, lleno de una extraña aprensión.

—Sí. Los «Detropus» llegaron de muy lejos y se establecieron aquí, en estos subterráneos, ya que las condiciones externas no les eran favorables. Mucho después aparecimos nosotros, pero permanecimos muchísimo tiempo sin entrar en contacto con ellos, ya que los «Detropus» seguían creyendo que el planeta carecía de vida animal.

»Mucho más tarde y por un hecho casual, nos descubrimos mutuamente. Nosotros poseíamos un grado de civilización elevado y habíamos empezado a realizar viajes en el espacio, conociendo Deimos y Fobos, nuestros dos satélites; pero, a pesar de nuestros poderes, los "Detropus" eran mucho más fuertes que nosotros y la lucha que se inició entonces, una colosal batalla por la supervivencia, inclinó la balanza contra los marcianos.

»Luchábamos desesperadamente, ya que sabíamos, aunque lo supimos demasiado tarde, que aquellos seres habían estado millones de años bajo el suelo de Marte, que era nuestro planeta y que debíamos defender, costase lo que costase.

Hizo una pausa.

—Miles de millones de marcianos murieron en la pelea. Las hormigas gigantes no habían movilizado más que unos cuantos miles de «soldados», pero poseían armas desconocidas y de una eficacia asombrosa. Una tras otra, las hermosas ciudades marcianas, que habíamos levantado en el transcurso de siglos, fueron destruidas y el suelo arrasado por las explosiones de los temibles proyectiles que poseían nuestros enemigos.

»Nuestra situación era desesperada.

»Pero, cuando todo parecía estar en contra nuestra, cuando la desesperación y el horror se habían apoderado de la mayor parte, un marciano: Eluk, un antecesor mío, llevó a cabo el acto más heroico de nuestra historia.

»Remontándose en un avión hacia los polos, lanzó dos potentísimas bombas nucleares en los casquetes, logrando que el hielo se fundiese y penetrase, por las oquedades del suelo de Marte, en el hormiguero gigantesco que, en el curso de billones de años, habían hecho los "Detropus" para vivir en él.

—¿Murieron todos?

—Sí. Todos los que estaban bajo el suelo perecieron ahogados y nosotros nos encargamos de acabar con los que aún vagaban por la superficie. Pero nuestra salvación fue algo que de momento no comprendimos.

—¿El qué?

—Que las hormigas gigantes no poseían una personalidad individual, como nosotros, sino que todos sus cerebros estaban unidos, por conexiones telepáticas, formando una mente única. Al morir la mayoría en el subsuelo, el resto pereció, no acertando a manejar las armas que colectivamente, con el esfuerzo de todas las mentes, habían empleado hasta entonces.

»Fue muy fácil terminar con las que estaban aún fuera de las galerías.

Ato asintió.

—Comprendo.

—De todos modos, nuestro planeta había quedado destrozado y no tardamos en darnos cuenta de que no podíamos vivir ya en él. Pensamos emigrar a otro mundo, pero como estábamos seguros de que las hormigas habían invadido la totalidad del sistema solar, no quisimos arriesgarnos.

—¿Qué hicisteis entonces?

—Quedarnos. El suelo estaba convertido en un estéril desierto. El agua, por la acción del valiente Eluk, había desaparecido de la superficie del planeta y corría por las profundidades. La atmósfera había cambiado y un sol tórrido acabó con las pocas especies de animales y plantas que quedaban…

—Debió ser espantoso.

—No puedes imaginártelo, terrícola. Tuvimos, finalmente, que buscar refugio donde las hormigas reinaban poco antes. Descendimos a las entrañas del planeta y empezamos a limpiar los subterráneos, encauzar las aguas y construir las primeras habitaciones que luego, tras siglos de esfuerzos, se han convertido en nuestras ciudades.

»El hallazgo de unas semillas, de las que se alimentaban nuestros enemigos, nos llevó a cultivarlas, sorprendiéndonos al ver que las raíces se elevaban, buscando la superficie, mientras las hojas y los frutos aparecían bajo tierra.

—Entonces… ¿esos troncos son raíces?

—Así es. Se trata de plantas que jamás existieron en Marte y que los «Detropus» debieron de traer de fuera de la Galaxia. Es la única cosa que podemos agradecerles, ya que sin ellas hubiésemos muerto, desaparecido, hace setenta siglos.

—¡Es fantástico! Pero creo que te equivocas respecto a la invasión de esos «Detropus» al sistema solar. Nuestras hormigas son inofensivas.

El marciano sonrió, tristemente.

Luego hizo un gesto y una fenomenal pantalla se iluminó, ocupando toda una pared de la estancia.

CAPÍTULO VIII



n la descomunal pantalla surgió una nebulosidad imprecisa; después, concretándose poco a poco, fueron apareciendo siluetas y, de repente, al tiempo que el corazón de Amura se ponía a latir locamente, apareció, perfectamente visible, la bahía de Tokio.

—¿Eh? —exclamó, asustado—. ¿Qué significa eso?

—Su país, pero aún no hemos logrado un enfoque preciso.

La ciudad creció hasta agigantarse y los planos se fueron sucediendo sobre los tejados de las casas, las calles y avenidas, hasta que un edificio se recortó claramente en la escena.

—¡La casa del profesor Nakisato!

Ahora fue el marciano quien frunció el entrecejo.

—¿Conoce usted esa casa?

—¡Naturalmente! He trabajado ahí, en el laboratorio de la izquierda, muchísimos años.

—Entonces, ¿colabora usted con ese estúpido?

Ato enrojeció.

—No creo que el profesor merezca ese tratamiento —repuso.

—Espere y verá.

El tejado del laboratorio ocupó totalmente la pantalla, esfumándose después para dejar que Ato viese el conocidísimo interior.

Dos jóvenes, vestidos con sendas batas, trabajaban allí.

Una mujer y un hombre.

A Amura le dolió que el profesor se hubiese buscado otros ayudantes y maldijo, para su coleto, la idea que había tenido de salir para Marte, provocando todas las desgracias que le habían ocurrido.

Pero en aquel momento, a pesar de no dejar de pensar en Pat, su atención y su curiosidad estaban concentradas en lo que sus atónitos ojos veían.

El marciano oprimió una palanca.

Instantáneamente, el sonido característico del laboratorio penetró en la sala y Amura pudo oír lo que aquellos dos jóvenes decían.

»—El segundo lote, querida —dijo el hombre—, estará dispuesto dentro de un par de horas.

»—¿Te has dado cuenta, Isumi, del tamaño de los cerebros de esta tercera generación?

Ato hizo un gesto de extrañeza.

—¡Silencio! —ordenó el marciano.

La cámara se movió, siguiendo a los dos jóvenes del laboratorio. Y entonces, junto al hibernadero 3, que tanto conocía, Ato vio algo monstruoso, inverosímil, disparatado.

¡Una hormiga que tenía casi el tamaño de un gato!

»—Son hermosas, ¿verdad? —inquirió él.

La joven asintió, con un gracioso ademán de cabeza.

»—Todavía crecerán más, querido.

»—¡Si Amura estuviese aquí! —exclamó el otro.

Ato sintió que la frente se le perlaba de sudor frío, helado.

»—Pronto volverá —dijo ella—, aunque se asustará al verte tan joven.

El otro rió.

»—Ya se lo explicaré todo. Él, por el momento, no necesitará el

líquido que nos proporcionaron las hormigas: es joven; pero, cuando los años empiecen a pesarle, volveremos a rejuvenecerle.

»—Le aprecias mucho, ¿verdad?

»—Sí: es un buen muchacho y ha trabajado conmigo con ahínco. Aunque si las hormigas me ordenasen matarlo, lo haría sin dudar.

»—Eso ya lo comprendo, amor mío —repuso ella.

La pantalla se apagó, pero Ato no se dio cuenta de ello: seguía ensimismado, como si las imágenes estuviesen aún ante él. Y más que las imágenes, las horribles palabras que había oído se repetían, con mil ecos, en su mente.

—¿Te has dado cuenta ahora, terrícola?

Se volvió hacia los marcianos y mirando con fijeza al más anciano de ellos, al descendiente de Eluk, preguntó:

—¿Qué significa todo esto? ¡Por el amor de Dios, explícamelo!

—Nada más sencillo. Los «Detropus» que llegaron a la Tierra, poco después de conquistar Marte, sufrieron una regresión porque el medio ambiente les era adverso. Se redujo su tamaño y se convirtieron en lo que vosotros habéis conocido desde siempre como hormigas.

»No quiere decir esto que no lucharon, desesperadamente, durante milenios, para hacerse los dueños de vuestro planeta; pero, como te he dicho antes, no pudieron vencer el ambiente y sus cráneos reducidos limitaron sus poderes, obligándoles a aclimatarse.

—¿Quieres decir que eran gigantes cuando llegaron a la Tierra?

—Es evidente que sí. Pero cuando ellos llegaron, faltaban millones de años para que vosotros aparecierais. Igual ocurrió en Marte.

—Comprendo.

—Han vivido miles de siglos en ese tamaño reducido, desarrollando una existencia precaria. Hasta que tu loco profesor Nakisato les ha proporcionado, sin saberlo, el arma que ellos esperaban, la oportunidad que ansiaban.

—Yo también soy culpable.

—Ya lo sé, pero tú no tuviste la loca idea de suprimir la funda de quitina que hacía que sus cerebros no se desarrollasen… ¡Ahora se apoderarán de la Tierra!

—¡Hay que evitarlo!

Una triste sonrisa apareció en los labios del marciano. Los otros

permanecían en una estolidez de piedra.

—¿Te has fijado en nosotros, terrícola?

—¿Qué quieres decir?

—¿Es que no te has dado cuenta de nuestros ojos?

—Sí, pero…

—No comprendes, ¿verdad?

—No.

—Nuestros ojos eran como los vuestros, pero la oscuridad de la vida subterránea a que nos condenaron las hormigas gigantes, hizo que se desarrollaran, hasta alcanzar este tamaño desmesurado. Es verdad que somos capaces de ver en la más profunda oscuridad, pero no podemos olvidar nuestra fealdad, sobre todo cuando recordamos que éramos como vosotros.

—¿Quieres decir que no vas a hacer nada?

—¿Qué insinúas?

—¡Que tienes que ayudamos a combatir a esos monstruos, antes de que sea demasiado tarde!

Hubo una larga pausa.

—¿Ayudaros? —inquirió, después, el marciano—. No lo merecéis, terrícolas, Sois crueles, belicosos. El amor ha huido de vuestros corazones, aunque sea una palabra que siempre tenéis a flor de labios.

—¡Todos no somos iguales!

—Es verdad, pero son demasiado pocos los buenos. Claro que no os ayudaría por vosotros mismos. Un día, hace ya mucho, pensamos entablar relaciones amistosas con los pobladores de la Tierra. Deseábamos establecer una especie de hermandad del Sistema.

»Enviamos nuestras astronaves, llenas de presentes y tripuladas por hombres de buena voluntad. ¿Sabes lo que pasó?

—No.

—Nuestro «platillos», así los llamabais vosotros, fueron destruidos, perseguidos por vuestros aviones, reducidos a montones de metal retorcido. Sólo algunos regresaron, pero no hacía falta que nos contasen nada. Gracias a nuestra supertelevisión conocíamos ya lo ocurrido.

—He leído algo de eso. Yo no había nacido aún.

—Pero sí tus antepasados, los que pilotaban los aparatos y los que dispararon contra los nuestros. Dijisteis por la radio que erais

invencibles y que ninguna criatura del espacio podría someteros. ¡Imbéciles! Si hubiésemos querido, habríamos destruido vuestra pomposa civilización en unos instantes.

»Pero no somos asesinos y ahí, en vuestra flamante colonia, está la prueba de que nos sois indiferentes.

—Tienes toda la razón, amigo mío.

—Pero —dijo el otro, sin contestar a lo que Ato acababa de decir —, será necesario tomar algunas medidas…

—¿Es cierto?

—Sí. Si los «Detropus» se dedicasen solamente a destruir vuestra especie, quizá no moveríamos un solo dedo. Pero conocemos a nuestros enemigos de siempre y estamos seguros de que ellos tampoco han olvidado la derrota que aquí sufrieron.

—¿Cómo es posible? Antes dijiste que todos habían muerto.

—¿Olvidas la mente colectiva?

—Es verdad.

—Por eso tenemos, forzosamente, que intervenir en lo que está ocurriendo en la Tierra, antes de que sea tarde.

—¿Y en los demás planetas?

—Es diferente. Sabemos que están en Júpiter, pero tan degenerados como los «Detropus» de los otros grandes planetas. En cuanto a Venus y Mercurio, no lograron establecerse allí o, al menos, no se han manifestado eh forma alguna.

»Igual hubiese ocurrido en la Tierra, de no haber sido por los locos experimentos de Nakisato.

—Él buscaba una colaboración entre las dos especies.

—¿Una colaboración con las hormigas? ¿Es que estaba ciego para no ver que, aun a pesar de su reducido tamaño en la Tierra, han sido capaces de originar tremendas catástrofes?

—Es cierto.

—La hormiga, en vuestro planeta, es el único ser organizado colectivamente, la única especie capaz de invadir tierras, destruir poblados…

—Tienes razón.

—Deberías haber meditado un poco, sólo un poco, antes de lanzaros a especulaciones tan peligrosas.

—Me siento culpable.

—¡De nada te servirá ahora!

Y después de una pausa:
—Vamos a darte de comer y beber; luego descansarás. Y cuando hayas reposado, te expondremos nuestro plan.
—Estoy dispuesto a hacer lo que sea.

* * *

—No sabe, señora, cuánto lamento lo ocurrido.
—Gracias, Presidente. Todos ustedes han sido muy amables.
—Hubiésemos deseado ser más eficaces, señora. Pero ya ha visto usted que nuestros aviones y helicópteros no han logrado descubrir nada.
—Ya lo sé.
—Ha sido una tremenda desgracia para usted y puede estar segura que también para mí. Acabo de firmar un decreto, prohibiendo terminantemente las exploraciones en la zona de los canales.
—Es una excelente medida —opinó Fred.
—Naturalmente. He dicho mil veces, repitiéndolo hasta la saciedad, que no nos importa nada de lo que pase en esa región. Nuestra colonia sigue prosperando y con la ayuda que recibiremos seguiremos poblando esta parte del planeta, la única donde podemos vivir. ¿Para qué perder el tiempo en otro sitio?
—Tiene usted razón.
Patricia se levantó.
Parecía tremendamente cansada.
—Usted sabrá perdonarme, Presidente, pero deseo descansar un poco. Mañana por la mañana salimos para la Tierra.
—Vuelvo a decirle que…
—… y yo a agradecerle cuanto ha hecho. Adiós, señor Fendersen.
Él se inclinó, besando la mano de la joven. Luego estrechó la de Fred y los dos salieron, dirigiéndose hacia las habitaciones superiores del edificio.
No hablaron nada hasta que llegaron a las habitaciones de la mujer.
Una vez allí, Pat sirvió de beber, sentándose después en uno de los amplios sillones, junto a uno de los ventanales que daban a la

calle.

—¿Qué proyectos tienes? —preguntó Fred.

Ella se sobresaltó, ya que debía estar profundamente ensimismada. Levantó la cabeza y mirando al hombre:

—¿Decías algo…?

—Sí. Te había preguntado qué proyectos tenías.

—¿Proyectos? —Le pareció, por un momento, que aquella palabra no poseía, significación alguna para ella, al menos en los momentos que estaba atravesando.

Pero después, a medida que reflexionaba, tuvo que convencerse que Wooler tenía razón al preguntarle lo que pensaba hacer.

—Quiero ir, primero, a ver al profesor Nakisato.

—¿Para qué? —se extrañó el otro.

—Para decirle que ya no puede contar con Amura. Mi esposo quería mucho a su viejo maestro y le debo una explicación.

—Comprendo.

Hubo una pausa y Fred frunció el entrecejo.

Le hubiese agradado que Pat rompiese las amarras con todo lo que significaba el pasado del japonés; pero, por otro lado, comprendía que las cosas debían hacerse despacio, muy despacio, sin violencias de ninguna clase.

—¿Y después? —preguntó, de nuevo, con una sonrisa.

Ella tardó en contestar.

—No sé —dijo al fin.

—Yo te aconsejaría de volver a los Estados Unidos, Pat. Junto a tus padres.

—Eres muy bueno, Fred.

—No digas eso. ¡Cuánto daría yo por no ver esa expresión de tristeza en tu rostro!

—Es natural, amigo mío.

—Ya lo sé; pero, de todos modos, me parte el corazón verte así.

Ella se levantó.

—Voy a acostarme, Fred. Mañana tenemos que madrugar. Buenas noches.

—Buenas noches, Pat.

Wooler abandonó el edificio, dirigiéndose al Centro de Astronáutica donde le esperaba Lemba.

—Ya está todo preparado —anunció éste, al ver llegar a su

amigo—. He revisado el
«USA-30»
y todo está en orden.

—Perfecto.

Parecía preocupado y Joe, mirándole de reojo:

—¿Pasa algo malo? —inquirió.

—No. Me fastidia tener que volver al Japón. Es un país al que he cogido un odio tremendo.

—¿Y por qué diablos tenemos que volver allá?

—Pat quiere comunicar la muerte de Ato al profesor Nakisato.

—¡Vaya idea!

—No hay más remedio que complacerla, pero te aseguro que lo hago de un humor pésimo. Deseaba tanto ir directamente a los Estados Unidos. Allí, ella se encontraría en un ambiente completamente alejado de todo lo que pudiese significar recuerdos… ¡Tengo que hacerla olvidar, Joe!

—Ya lo sé, pero no puedes lograr tu objetivo en un par de semanas.

—Eso es lo que me desespera. Quisiera arrancarle todos los recuerdos… ¡de cuajo! Sin que quedase uno solo. Porque lo que más me encoleriza es ver que sigue pensando en él, que ese maldito japonés continúa estando a su alrededor como si todavía viviese…

—No te dejes llevar por la impaciencia, Fred. Podías estropearlo todo.

Wooler asintió.

—Ya hago cuanto puede per refrenar mis impulsos. ¿Crees que no me cuesta trabajo verla a mi lado, saberla completamente libre y no poder cogerla entre mis brazos?

—Lo comprendo.

—Por eso deseaba tan ardientemente ir directamente a nuestro país. Allí hubiese podido distraerla, alejarla de todo lo que significase algo como recuerdo. ¡Y me hace volver al Japón! Para que el imbécil del profesor se regodee rememorando todo el pasado de Amura, haciendo que Pat piense más en él… ¡Es desesperante!

—Cálmate y descansa un poco. Lo del Japón tiene menos importancia de lo que te imaginas. El profesor será un tipo distraído y apenas si concederá una media hora a Pat.

—¡Ojalá tengas razón!

Joe se levantó y dio una palmada en el hombro de su amigo.

—¡No te desinfles ahora, Fred! Has hecho las cosas perfectamente y no tienes más que esperar un poco, muy poco. Pat se dará cuenta de que necesita alguien a su lado. Y ese alguien no puede ser más que tú.

Wooler sonrió.

CAPÍTULO IX

uando se presentó de nuevo el grupo de marcianos, que presidía como siempre el Gran Eluk, Amura se sentía tremendamente nervioso.

Apenas había podido dormir.

Comprendía ahora, perfectamente, el claro error que el profesor y él habían cometido al dirigir sus investigaciones hacia las hormigas. La idea, a la luz de los razonamientos que en estos momentos podía poner en juego, era monstruosa, ya que iba en contra de la especie humana, cuyo destino no podía torcerse por la malsana curiosidad de la ciencia.

Sí, había sido una enormidad, un acto de locura y de orgullo llevados hasta el punto más alto de lo concebible.

Se sentó, a un gesto del Gran Eluk, esperando que éste rompiese el silencio, que pesaba como una losa de mármol.

—Hemos estudiado con detalle el problema —dijo el marciano— y llegado a la conclusión de que no podemos, personalmente, hacer

nada.

Amura se estremeció.

—¿Quieres decir que vas a abandonar a los terrícolas?

—Ya te dije antes que no nos importan mucho tus semejantes, pero también te demostré la necesidad, para nuestra propia seguridad, de destruir las hormigas a las que Nakisato ha dado libertad.

—¿Entonces?

—Nosotros no podemos intervenir directamente. Si hiciésemos una irrupción en la Tierra, con nuestras astronaves, los terrícolas, que no sueñan más que con invasiones espaciales, se lanzarían contra nosotros y la guerra se produciría.

—Yo podría avisarles, explicar la verdad…

Eluk le interrumpió.

—Perderías el tiempo. No te creerían y te tomarían por un hombre a nuestro servicio, de cuya mente nos hubiésemos apoderado.

—¿Cómo hacerlo entonces?

—Muy fácilmente. Tú, mejor que nadie, puedes ayudarnos en esta ocasión. Y consideramos una verdadera suerte que hayas sido precisamente tú el que ha llegado hasta nosotros. Conociendo el laboratorio, puedes presentarte ante el profesor sin despertar sospechas, incluso en las hormigas. Y por eso podrás destruirlos a todos, incluso al profesor y a la mujer que está con él.

—¿Eh? ¿Matar al profesor?

—Sí.

Ato cerró los puños.

Había empezado a creer en la bondad de los marcianos y estaba convencido de que eran una raza noble, llena de buenos sentimientos; pero ahora, ante la orden que el Gran Eluk acababa de darle, todo lo que pensaba se vino abajo y se percató del bajo espíritu de venganza que se había apoderado de aquellas criaturas.

—¡¡No!! —dijo, con resolución.

—¿Qué quieres decir?

—Que no veo la necesidad de asesinar a nadie. Estoy de acuerdo en acabar con todas las hormigas, haciendo desaparecer el terrible peligro que se cierne sobre nosotros, pero matar a esa mujer y a Isumi no es más que una vulgar venganza, un sucio asesinato.

Notó que el rostro de los marcianos palidecía un poco.

Hubo una larguísima pausa; después:

—Terrícola —dijo el marciano—, ya te irás dando cuenta de que no tenéis cura. Vuestra mente está horriblemente retorcida y eso os impide ver con claridad, observar las cosas tal y como son.

—No entiendo.

Eluk explicó:

—Ahora lo entenderás.

La pantalla volvió a encenderse, como el día anterior, y Ato contempló de nuevo las escenas de aproximación; la bahía de Tokio, las calles y avenidas, los tejados, la casa y el laboratorio…

Por último, el poderoso aparato de televisión marciano penetró en el interior del laboratorio del profesor Nakisato.

Lo primero que el joven japonés vio fue un grupo de hormigas, cerca de cincuenta, que ya habían alcanzado el tamaño de un niño de tres años. Sus monstruosos cuerpos brillaban con gran intensidad y los colosales cerebros, de color rojizo, se balanceaban por encima del estrecho segmento que les servía de cuello.

Observó que trabajaban en el laboratorio como dueños absolutos y que manejaban los aparatos —muchos de ellos eran completamente nuevos y Ato no los había visto en su vida— demostrando una habilidad tremenda. Iban y venían, cuidándose ellas mismas de la marcha de los hormigueros experimentales, que negreaban de insectos a los que, sin duda alguna, estaban preparando siguiendo los procedimientos descubiertos por Isumi.

La voz del marciano se dejó oír en la oscuridad que se había hecho.

—¿Te das cuenta? Ya no necesitan para los trabajos de laboratorio a tu amigo el profesor. Ellas son mucho más capaces que cualquier criatura humana y están realizando verdaderos progresos en lo que vosotros descubristeis.

»Fíjate en esos hormigueros artificiales. Hay en ellos millares de hormigas que en pocas horas se verán libres del caparazón de quitina que reducía el crecimiento de su cerebro. Millares y millares que estarán dispuestas a seguir trabajando, hasta que los miles de trillones de hormigas que hay en la Tierra se conviertan en seres del tamaño de un hombre. ¿Te imaginas lo que pasará entonces?

Amura se estremeció, pero no dijo nada.

—Las hormigas, en contra de lo que se cree, son carnívoras. Aman mucho más la carne que los granos y si almacenan éstos es porque saben que la carne no se conservaría como los vegetales. Pero ahora no van a tener necesidad de preocuparse. Porque habrán dejado de ser hormigas, insectos para vosotros, para convertirse en «Detropus», criaturas de la Galaxia, seres dispuestos a apoderarse del Universo.

»No necesitarán seguir un régimen vegetariano porque tienen miles de millones de hombres y animales para devorar. Y criarán a las criaturas humanas como vosotros hacéis con los animales que os sirven de alimento; es decir, harán eso con los terrícolas, excepto con dos.

—¿Qué quieres decir?

—Mira.

El aparato zumbó suavemente y la pantalla se movió, desapareciendo la escena del laboratorio para concentrarse en la vecina casa del profesor. La invisible cámara recorrió las habitaciones del piso inferior, subiendo después a las de la primera planta y deteniéndose, por último, en un saloncito que Ato conocía a la perfección.

El japonés lanzó un grito de horror.

No pudo contenerse porque la escena que tenía ante sus ojos era para amedrantar a cualquiera, para preguntarse si la mente del que lo veía estaba sana o era aquello el producto de una locura sin remedio.

—¡No! —exclamó.

Pero siguió mirando a la pantalla.

Allí, en el saloncito, había dos seres cuya monstruosidad era repelente, ya que las facciones, aún no modificadas del todo, guardaban rasgos humanos que hicieron que Ato reconociese, sin dificultad, al profesor y a la muchacha que había visto, a su lado, en el laboratorio, el día anterior, cuando la pantalla funcionó por primera vez.

Pero ahora no había de aquellos seres humanos más que los rasgos, difuminados. El resto, el cuerpo, se había ido convirtiendo en el de un insecto de tamaño colosal y los tres pares de patas colgaban ahora del caparazón quitinoso, con un repugnante movimiento.

—¡No es posible!

—Ya lo ves. Las hormigas no han podido por menos de agradecer a tu profesor el gran servicio que les ha hecho. La sustancia que les dieron, tanto a él como a la muchacha, no era nada que sirviese para rejuvenecer, sino que, en realidad, era una droga morfológica que iba a convertirlos en insectos…

—¡Es espantoso!

Por eso, cuando antes te dijimos que debías matar al profesor y a la joven, era porque sabíamos que no se podía hacer otra cosa, ya que hoy han dejado de ser seres humanos para convertirse en peligrosos «Detropus».

—Comprendo.

—¿Estás dispuesto a colaborar con nosotros? Si no lo haces, nos veremos obligados a desencadenar una guerra contra la Tierra. ¡Todo antes de que las hormigas se apoderen de vuestro planeta! Aunque tengamos que destruiros a vosotros al mismo tiempo que a ellas.

Amura se dio cuenta de que no tenía otra alternativa, ni los marcianos tampoco.

Había estado a punto de perder la fe en ellos, pero ahora se percataba de su lamentable error. Razas como aquélla eran las que darían la paz al Sistema y después al Universo.

—Estoy a vuestra disposición —dijo.

El marciano sonrió.

—Bien. Puedes prepararte. Ahora mismo saldrás para la Tierra en una de nuestras astronaves. Te dejaremos, sin que nadie note tu llegada, en las cercanías del laboratorio. Luego ya sabes lo que tienes que hacer.

—Ya lo sé.

La nave, era la primera vez que Ato veía un verdadero platillo volante, estaba, en contra de lo que el joven pensaba, dirigida por aquellos poderosos rayos que permitían a los marcianos «ver» con tal perfección en otros mundos.

Nadie la pilotaba y subió él sólo al aparato.

El interior estaba dotado de toda clase de comodidades y el japonés admiró una técnica que parecía impropia de seres que habitaban bajo el suelo y que caminaban con los pies desnudos.

Un silbido prolongado, cuando la compuerta se cerró, le señaló

el momento de la marcha. No experimentó molestia alguna, a pesar de imaginarse que se movía a una velocidad fantástica.

Miró su reloj.

Y así, pendiente del movimiento de las agujas, pudo comprobar que al cabo de tres horas el viaje había terminado, maravillándose de aquella velocidad que dejaba en ridículo a la de los astrocohetes más rápidos de la Tierra.

La compuerta se abrió, silenciosamente.

Amura descendió, y miró con curiosidad a su alrededor.

El platillo se había detenido a un centenar de metros de la casa del profesor, en un claro de un minúsculo bosquecillo que ocultaba el aparato casi por completo.

El joven sintió una emoción que se apoderaba de él.

Había apenas avanzado una docena de pasos cuando el platillo, con un silbido agudo, se elevó, dejando detrás una estela anaranjada. A los pocos instantes había desaparecido en el espacio.

«Es natural —pensó Ato—. Ellos ya han cumplido lo prometido y me dejan a mí para que lleve a cabo mi parte, la que me corresponde…».

Se quedó mirando al cielo, tachonado de estrellas y suspirando empezó a caminar hacia la casa.

Todo estaba en silencio pero había luz en la segunda planta y Amura, con un escalofrío de horror, se imaginó a las dos horribles criaturas que debían de estar allí, monstruos imposibles, esperando que las otras hormigas se uniesen a ellos para dominar la Tierra.

El Gran Eluk, antes de salir de Marte, le había entregado un pequeño revólver desintegrador para que pudiese combatir contra los insectos, destruyéndolos fácilmente. El marciano le había explicado su funcionamiento y Amura, ya junto a la casa, lo sacó del bolsillo, acariciando con el índice el frío gatillo metálico.

Penetró en el jardín.

La puerta del laboratorio estaba cerrada, pero un poco de luz se filtraba del interior, demostrando que las hormigas seguían trabajando, preparando sus invencibles ejércitos para lanzarlos sobre la humanidad que, a aquellas horas, en muchas partes, dormía confiada, sin saber nada del horrible y mortal peligro que se cernía sobre ella.

Pensó que lo mejor era empezar por las hormigas, destruyendo

después a las criaturas monstruosas que ellas habían creado. Avanzó, lenta y silenciosamente, hacia la puerta del laboratorio.

Pero, en el preciso instante en que iba a empujarla, un horrible alarido llego hasta él, procedente de la casa y que le heló la sangre en las venas.

¡Era Patricia la que había lanzado aquel grito escalofriante!

* * *

El
«USA-30»
se posó suavemente en el espaciodromo de Tokio. El viaje se había hecho sin ninguna novedad notable, y Fred estaba encantado, ya que había logrado hacer sonreír un par de veces a Patricia.

Descendieron de la astronave, yendo directamente a almorzar en el restaurante del espaciodromo donde estuvieron departiendo como excelentes amigos.

Wooler notó, no obstante y como esperaba, que la capital nipona ejercía una influencia positiva sobre la muchacha, volviendo a entristecer su bello rostro.

—Haré —dijo— que la visita al profesor sea corta.

—Lo será —repuso ella—. Pero voy a ir sola.

—¿Sola? ¿Por qué?

—Porque creo que es lo mejor. No tardaré mucho, no te preocupes. Vosotros no tenéis más que esperarme aquí y regresaremos inmediatamente a los Estados Unidos. Ya no tengo nada que hacer en Tokio cuando haya saludado al profesor.

—Me gustaría acompañarte —insistió Wooler.

—No es necesario, Fred.

Se levantó y con una sonrisa, un tanto forzada, dijo:

—Hasta luego. Cogeré un taxi.

Estaba anocheciendo y la ciudad, plenamente iluminada, recordó a Pat, mientras hacía el trayecto en el taxi, todos los paseos que por allí había dado con Ato, cuando él, después de comprometerse con ella, la invitó a visitar el país.

Guardaba muchas cosas agradables de aquel Japón que, a pesar del desarrollo ultramoderno que había experimentado en las últimas décadas, seguía poseyendo un encanto misterioso, como si

el pasado se superpusiera a las estructuras de los rascacielos, las estatuas abstractas y el vuelo de los astrocohetes que iban y venían a la Luna.

El vehículo atravesó las grandes avenidas y tomó después el camino hacia las afueras, pasando por las ciudades satélites del Gran Tokio antes de penetrar en la zona tranquila y apacible en la que vivía el profesor.

Unos minutos más tarde, el coche se detenía ante la casa que tanto conocía la muchacha.

—¿Tengo que esperarla, señorita? —inquirió el conductor.

Ella dudó.

—No, muchas gracias. Iré después hasta la autopista para tomar otro taxi. No sé el tiempo que me entretendré aquí.

Pagó la carrera y observó la marcha del vehículo, empujando después la verja y penetrando en el diminuto y bien cuidado jardín que precedía a la fachada anterior de la casa.

Momentos después llamaba a la puerta.

Instantáneamente, la luz del piso superior se apagó y oyó unos pasos que descendían por la escalera. Luego, la puerta se abrió, pero la oscuridad interior continuaba siendo completa.

—¿Qué desea?

Ella venció el temor y dijo:

—Soy Patricia Amura y deseaba ver al profesor.

La voz de una mujer joven llegó hasta ella, pero no podía verla en absoluto.

—El profesor está arriba. Acabamos de sufrir un apagón de luz. No sabe, señora, cuanto lo lamento. ¿Quiere seguirme, por favor?

Pat encontraba extraño todo aquello, pero se dijo que el temor que sentía no estaba motivado por nada lógico. Así, intentando sonreír, repuso:

—Conozco la casa perfectamente, señorita. La seguiré sin tropezar.

La puerta se cerró tras ella y la voz de la otra mujer volvió a dejarse oír.

—El profesor está en el saloncito del piso de arriba.

—¿No tienen ustedes una linterna?

—No. Nos ha cogido de improviso, pero no creo que la luz tarde mucho en volver.

Pat se agarró a la baranda de la escalera, subiéndola sin tropezar, ya que recordaba su forma y disposición perfectamente. Había estado allí con Ato infinidad de veces, sobre todo cuando iba a buscarle al terminar él su trabajo para pasear por la capital o salir hacia otros puntos turísticos del país.

Al llegar al rellano del piso superior, torció hacia la derecha, extendiendo los brazos para no tropezar, y penetró en el salón. En seguida oyó exclamar al profesor Isumi:

—¡Pero si es Patricia Amura! ¡Pase, pase! Ahí, a la izquierda, tiene un sillón. ¡Maldita luz!

Patricia tomó asiento, oyendo que la puerta de abajo se había abierto y cerrado de nuevo.

—Debe ser la sirviente que va en busca de una vela al laboratorio —dijo Nakisato.

Patricia se sentía completamente tranquila y hasta se alegró de aquella oscuridad, ya que las lágrimas, al pensar en lo que debía decir al profesor, se asomaron a sus ojos.

—¿Cómo es que Ato no ha venido con usted, Pat?

Ella tardó en contestar, dejando que un sollozo se escapase de su garganta.

—¿Qué le ocurre? ¿Por qué llora?

—Ato ha muerto, profesor.

—¿Eh? ¿Cómo es posible?

—Sí, ocurrió en Marte. Exploraba la zona de los canales cuando se perdió. Y no pudimos encontrarlo ya…

—Es horrible.

—Yo he querido venir a comunicárselo, profesor. Porque sabía que usted lo apreciaba mucho.

Hubo una pausa; luego, Nakisato, con voz sorda:

—Mucho, sí… Tenía preparado, para él y para usted, un destino nuevo, algo formidable, único…

Fue en aquel momento que su mente recibió el mensaje de Flor de Loto que, desde el laboratorio, le preguntaba los motivos de la visita de la muchacha.

En realidad, eran las hormigas las que preguntaban.

Los minúsculos aparatos que los insectos habían introducido en los cerebros de Nakisato y su amiga Flor de Loto estaban precisamente destinados a eso: a poder establecer una

comunicación a distancia, ya que no eran más que potentes emisores-receptores, construidos a una escala mínima, inverosímil.

Isumi esperó las órdenes, que no tardaron en llegar.

«Ya están enterados de la muerte de Ato. La joven no nos interesa y sólo puede ser un peligro. Para todos, en este momento… Voy a dar la luz, desde abajo de la casa. Ya sabes, Nakisato, lo que tienes que hacer, matarla…».

—Es espantoso lo que ha ocurrido con Ato —dijo el profesor—. ¡Y yo que le esperaba para ofrecerle algo grandioso!

—¿Han salido bien sus experimentos, señor?

—¿Bien? ¡No puede usted imaginárselo, Pat! La Humanidad y el Universo entero verán muy pronto lo que he conseguido.

—¡Qué lástima que él no está ahora aquí, a mi lado!

—Yo también lo siento, señora…

Fue en aquel momento cuando la luz se hizo.

Poniéndose en pie, al ver la horrorosa criatura que tenía delante, Pat lanzó un alarido horrible.

CAPÍTULO X



mura, volviendo la espalda a la puerta del laboratorio, corrió hacia la casa, abriendo la de la calle que sólo estaba semicerrada.

La luz se había hecho por todas partes.

El joven vio a la monstruosa criatura, que ya conocía por haberla visto en la pantalla de los marcianos, y que tenía rostro de mujer.

Era la compañera del profesor.

Antes había sido Flor de Loto.

Ella se había vuelto y miraba con sus ojos brillantes al joven; luego, después de unos instantes de inmovilidad, se lanzó sobre él, avanzando sus cuatro patas superiores en cuyos extremos había tenazas de quitina abiertas como patas de cangrejo.

Ato oprimió el gatillo.

Pero su nerviosismo no le permitió afinar la puntería, no logrando más que arrancar, desintegrándola, una de aquellas patas

horribles. La mujer-hormiga no se detuvo más que un pequeño instante, lanzándose de nuevo sobre él.

Un nuevo disparo, esta vez más certero, partió el cuerpo en dos, haciendo desaparecer la parte inferior.

No obstante, la hormiga, con sólo la mitad superior del cuerpo, se arrastró aún, consiguiendo afianzar una de las tenazas a una pierna de Amura, que experimentó una dolorosísima sensación: como si un hierro ardiente le acabase de ser aplicado a la carne.

Disparó por tercera vez.

Completamente destrozada, la mujer-hormiga quedó hecha añicos, mostrando lo poco que no había sido desintegrado.

Sin hacer caso de aquellos restos, Ato se lanzó hacia la escalera, subiéndola a una velocidad increíble y penetrando en el salón justo cuando el profesor, monstruosamente convertido en hormiga gigante, se precipitaba sobre Patricia que, en un rincón, no podía ya escapar al gigantesco insecto.

—¡Profesor!

El hombre-hormiga se volvió, mirando a Ato con los ojos muy abiertos.

—¡Amura!

Y después, tras una corta pausa (el joven no podía disparar por miedo a dañar a su esposa, que se había desvanecido en el rincón y estaba detrás del monstruo):

—Creí que habías muerto.

—No, no he muerto. ¿Cómo ha dejado que hiciesen eso con usted, profesor?

Éste se extrañó.

—¿Hacer el qué?

—Convertirle en ese ser monstruoso.

El sabio dejó oír una breve risita.

Exclamó:

—¡También lo serás tú, amigo mío! ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto! ¡Seremos los dueños del Universo, Amura!

El joven dudaba.

Tenía el índice fuertemente apretado al gatillo de la pistola marciana, pero no solamente dudaba disparar por miedo a herir a Pat, sino que, a pesar de todo, sentía lástima, compasión por aquel hombre que, durante muchos años, había sido todo para él; su

maestro y su amigo.

El profesor avanzó, separándose, por fortuna, de la dirección del cuerpo inmóvil de la mujer.

Continuó hablando:

—Escucha, Ato…, hijo mío. Yo quiero que tú estés con nosotros, los fuertes, los poderosos. Podrás conservar a Pat a tu lado, como yo he hecho con la mujer a la que siempre amé: Flor de Loto…

Ato le interrumpió:

—¿Era Flor de Loto?

—¿La has visto…?

Amura se estremeció, pero no podía mentir.

Dijo, sencillamente:

—Acabo de matarla.

El hombre-hormiga dio un respingo. Un color verdoso cubrió su rostro.

—¿Cómo? ¿Has matado a Flor de Loto?

—¡No era Flor de Loto! Era un monstruo como usted… ¿Es que se ha vuelto loco, profesor?

Éste rugió:

—¡Voy a matarte, perro!

Amura no tuvo tiempo más que de disparar sin contemplaciones.

Lo hizo tres veces, apuntando con cuidado. Y el cuerpo de Nakisato se disolvió en el aire, partido en trozos, confundido con la humareda que produjo la pistola desintegradora.

Amura contempló tristemente lo que quedaba de Isumi.

Luego, poco a poco, como movido por invisibles hilos, avanzó hacia el rincón donde yacía Pat. Se arrodilló junto a ella y la acarició los cabellos.

—¡Pat, amor mío!

La muchacha abrió los ojos y logró sonreír, en medio de su asombro.

—¡Estás vivo, Ato!

—Sí. Hay que huir de aquí, querida. Me detendré unos instantes en el laboratorio y luego abandonaremos este lugar para siempre.

Ella asintió.

—Lo que tú quieras.

La ayudó, cogiéndola por la cintura. Y así abandonaron el salón, empezando a bajar la escalera.

Pero cuando llegaron al recodo, desde donde se veía por entero el salón inferior, ambos retrocedieron, horrorizados.

¡La casa estaba llena de hormigas gigantes!

Había demasiadas y todas ellas tenían sus bulbosos ojos fijos en la escalera, como si supieran que era por allí por donde los dos humanos tenían que bajar.

—¡Estamos perdidos! —exclamó ella, aterrorizada.

—¡Todavía no! —gritó él, con furia.

Y empezó a disparar, cogiendo con la mano izquierda a la muchacha y bajando las escaleras mientras no cesaba de oprimir el gatillo.

Se volvió.

No se dio cuenta de su error hasta que, de repente, una fuerza colosal le arrancó a Pat de su lado.

La muchacha, atrapada por varias hormigas, era conducida hacia el fondo de la habitación. Mientras, otros insectos, marchando sobre los restos desintegrados de los que mató Ato, se lanzaban sobre él.

Loco de furor, el joven siguió disparando, intentando por todos los medios abrirse paso entre los insectos para dirigirse hacia donde estaba la muchacha y rescatarla de sus horribles opresores.

Peleó como un titán.

Pero, una de las veces, cuando ya había conseguido abrir una brecha importante en las filas enemigas, miró hacia el rincón y no pudo evitar el lanzar un grito de horror.

¡Estaban devorando viva a Pat!

Una niebla de locura le envolvió por completo.

Olvidando oprimir el gatillo, peleó contra los insectos, a brazo partido, aplastando cráneos quitinosos y arrancando patas por doquier. Pero sabía, y así lo deseaba internamente, que no podría sobrevivir.

Unos brazos potentes le sujetaron y después de luchar como un energúmeno por mantenerse en pie, cayó, arrastrado por una fuerza colosal, hasta que sus espaldas chocaron con el suelo.

Vio entonces, sin poder hacer el menor movimiento para defenderse, que aquellos horribles rostros se acercaban a él, con sus grandes mandíbulas en movimiento.

Y sintió, en el hombro, la primera espantosa mordedura, que

casi le arrancó el brazo de cuajo.

Le pareció hundirse en lo hondo de un pozo sin fondo…

EPÍLOGO

La niebla iba disipándose, pero todavía la sensación de angustia le dominaba, atenazándole como aquellas horribles mandíbulas.

Abrió los ojos.

Las hormigas estaban lejos, bastante lejos, y se movían perezosamente, arrastrándose por superficies inclinadas.

¡Hormigas! ¡Hormigas!

Extrañándose de estar sentado, se levantó, avanzando hacia el aparato que había sobre una mesa cercana.

¡Era la pistola marciana!

La empuñó, con ansia, avanzando después hacia las hormigas. Levantó la tapa de cristal y roció el interior del depósito, viendo que los insectos se retorcían, muriendo en pocos instantes.

¡Las había vencido!

Pero ¿dónde estaba Pat?

El corazón seguía latiéndole con fuerza y la angustia estaba muy lejos de abandonarle. Fue en aquel momento cuando la voz sonó a su espalda.

—Buenos días Ato.

Se volvió, como si hubiese oído el ruido de una serpiente de cascabel dispuesta a saltar.

—¿Te ocurre algo, muchacho?

Miraba con los ojos desmesuradamente abiertos al profesor que, sonriente, dio unos pasos hacia él.

Empuñó el arma.

—¡No se acerque!

El viejo frunció el entrecejo, mirando fijamente al otro.

—¿Estás enfermo, Ato?

—¿Y Pat?

—¿Pat? Todavía no ha telefoneado, muchacho.

—¿Eh?

La niebla iba cediendo, ¡pero que lentamente!

Poco a poco, las ideas iban colocándose en sus correspondientes casillas, como las piezas de un rompecabezas que la mano de un loco hubiese mezclado.

—Pero…

El otro se acercó, quitándola el aparato que tenía en la mano.

—¿Qué haces con el pulverizador? ¿Has probado el
Z-237?

Las piezas del embrollo seguían ordenándose.

—¿Z-237?

—¿Es que lo has olvidado todo?

Prefirió afirmar. ¡Tenía tantas ansias de saber!

—Sí, lo he olvidado, profesor.

—Ven siéntate aquí. Debiste de quedarte dormido. Ya te dije que teníamos tiempo de acabar el experimento.

A Amura se le dilataron las pupilas.

—¡No haremos más experimentos! ¡No! ¡Mataré a todas las hormigas!

El profesor sonrió.

—¡Naturalmente! ¿No estamos trabajando para eso? El
Z-237
acabará con todas.

—¿Entonces… lo del cerebro?

—Cálmate, muchacho y explícamelo todo. Veamos.

Y Ato se lo explicó, con todo lujo de detalles, sin dudar ni detenerse una sola vez.

Nakisato le escuchó, en silencio.

—Comprendo —dijo, al final—. Ha sido una horrible pesadilla, una consecuencia del cansancio, del trabajó que has hecho durante todos estos meses. La culpa es mía.

—¿Suya?

—Sí, he debido permitirte que te reunieras con tu prometida cuando ésta llegó al Japón. Pero el Ministerio de Agricultura deseaba una fórmula insecticida para la plaga de hormigas… ¡En fin, menos mal que no ha sido más que un sueño!

Amura se estremecía aún.

—Ha sido horrible, profesor.

—Lo comprendo. Vamos fuera… Llamaremos a Pat.

Salieron y penetraron en la casa, donde el profesor ordenó a la sirvienta que les preparase un copioso desayuno.

Luego llamó por teléfono.

—¿Señorita Golder?

Y cuando la tuvo al otro extremo del hilo:

—Un momento, soy el profesor Nakisato… Sí, está aquí… Voy a entregárselo para que pasen juntos las dos semanas que faltan para la boda… ¡Distráigamelo, señorita! De acuerdo. Adiós… se lo paso.

Y tendió el aparato al joven.

Éste lo tomó con prevención; luego, con voz cortada:

—¿Pat…?

—¡Hola, querido! ¿Has oído lo que ha dicho el profesor? ¡Te da vacaciones!

—¿Estás bien, amor mío?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. ¿Y los otros?

—¿Fred y Lemba?

—Sí.

—Salieron esta mañana para Washington. Están muy emocionados… ¡Imagínate! Les han dado permiso para formar parte de la primera expedición americana a Marte.

—Me alegro mucho.

—¡Qué lástima que Marte no estuviese ya descubierto!

—¿Por qué?

—Porque sería un lugar muy original para pasar la luna de miel, ¿no te parece, querido?

Amura palideció.

—Es posible —repuso, con un hilo de voz—. Pero yo prefiero pasar esos días en algún lugar de nuestro planeta. ¡Es tan hermoso!

—Todo será hermoso a tu lado.

Y después de una pausa:

—Bueno, amiguito. Voy a coger el coche e iré a buscarte. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico!

—Hasta ahora, cariño.

—Adiós.

* * *

Las olas les mojaban los pies, cada vez que llegaban hasta donde estaban tendidos sobre la arena.

El Mediterráneo estaba mucho más azul que nunca y Amura se sentía empapado en la delicia del ambiente. Llevaban tres semanas en la Costa Azul y se sentían completamente felices.

Pat se incorporó un poco, magnífica y escultural en su traje de baño, alargando la mano hacia la radio portátil.

Maniobró en los mandos, conectando una emisora americana que dejaba verter la lánguida música de un «blue», estilo Nueva Orleans.

—Tenemos que volver a los Estados Unidos, querido. —Sí.

—Papa y mamá, que ya te conocen, desean ver tu aspecto como marido.

Él sonrió.

—¿Crees que les defraudaré?

—¡Jamás de la vida!

La música se detuvo, bruscamente, y la voz del locutor llegó hasta ellos.

—«Interrumpimos nuestra hora de *jazz* para comunicarles noticias sensacionales sobre la expedición americana a Marte. La nave, el “Usa-30”, ha llegado esta mañana, de regreso de su formidable viaje. Nuestros equipos especiales, situados en el Espaciodromo, van a darles cuenta de las primeras manifestaciones de los tripulantes.

»Nos acercamos a uno de ellos, el piloto… pero nos sorprende que no sea el conocido Fred Wooler, sino su compañero Joe Lemba. Parece fatigado… ¡Atención, señores!

»—¿Qué tal el viaje, señor Lemba?

»—No puedo hacer declaraciones. Traigo un informe que debo entregar a Washington.

»—Díganos algo, por lo menos.

Una pausa.

»—El comandante Wooler ha fallecido en Marte cumpliendo con su deber.

»—Lo lamentamos muchísimo, señor Lemba. ¿Cómo ocurrió?

»—Fuimos atacados.

»—¿Hay entonces marcianos?

»—No sabemos si lo son, pero fue horrible. Ya puede decir que las naciones de la Tierra deben dejar de hacer el tonto y prepararse para defender nuestro planeta y nuestra civilización.

Hubo otra pausa.

»—¿Teme usted una invasión del espacio?

»—No puedo decirlo, pero no me gustaría que los seres que he visto apareciesen aquí.

»—¿Cómo eran, comandante Lemba?

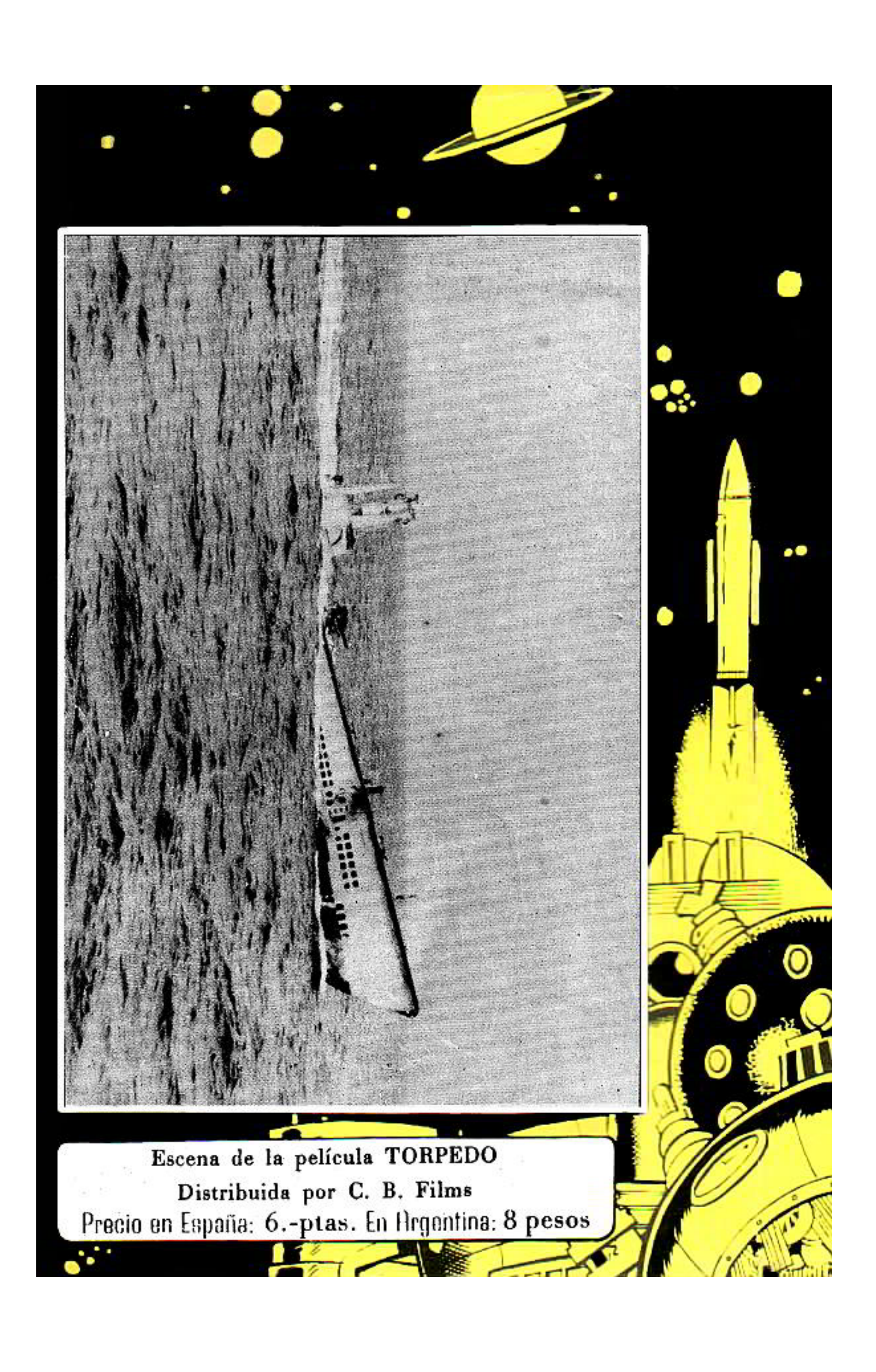
»—Horribles. Hormigas gigantes, tan grandes como nosotros…

Amura alargó la mano y cerró el aparato.

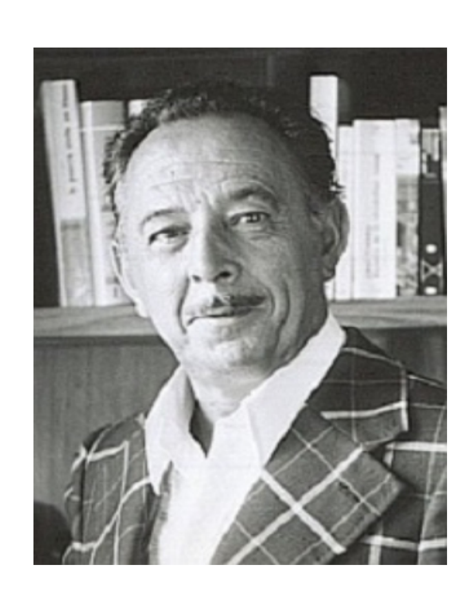
—¿Que te ocurre, querido?

—Nada. Iremos a ver a Lemba. ¡Pobre Fred! Y se estremeció, como si el sueño y aquella horrible niebla, que creía desaparecidos, se acercasen a él nuevamente…





Escena de la película TORPEDO
Distribuida por C. B. Films
Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.